

PARAMO ALUCINANTE

RAY LESTER


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

RAY LESTER

PARAMO ALUCINANTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 219
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 11.883 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Calvin Birchard aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y posó los ojos grises, de acerado mirar, en el rostro de su interlocutor.

—Deseo que todo esté claro desde el principio, doctor.

Henry Kemble asintió levemente.

—Lo encuentro correcto, Calvin. Pero no veo el alcance exacto de sus palabras.

El joven Birchard mantuvo el rostro inexpresivo, un tanto tirante. Siguió hablando en tono pausado:

—No quiero que hayan malos entendidos. He de pasar una temporada en Lookville por expreso deseo de mi tío... y con mi conformidad, por descontado.

El doctor Henry Kemble volvió a mover la cabeza en sentido afirmativo y esbozó una sonrisa.

—Aquí será bien acogido, Calvin. Considero a su tío Stanley un caballero y me une una gran amistad con él. No tendrá ninguna clase de problema en mi casa ya que vivo sólo. Bueno..., la señora Edna Griffitt se encarga de las tareas domésticas. Pero ella será una ayuda más que un estorbo.

Calvin Birchard tardó unos segundos en responder.

—Creo que no me ha entendido, doctor.

—¿A qué se refiere, Calvin?

El joven abandonó el sillón que ocupaba y dio unos pasos por la estancia.

Estaba por los veintinueve años y poseía una buena estatura. Un cuerpo bien formado, atlético, desprovisto de grasas superfluas. Las facciones de su rostro eran serenas y, sin embargo, denotaban cierta dureza que parecía arrancar de sus frías pupilas grises.

Tras un corto silencio se giró a Kemble.

—Cuando se desea impresionar, siempre se dice que existe una extraordinaria amistad con determinada persona, doctor Kemble. Pero la verdad es que ignoro basta qué punto llega la suya con mi tío Stanley.

Henry Kemble lo miró impasible unos instantes.

—¿Adónde quiere ir a parar, Calvin?

—Me gustaría saber lo que le dijo mi tío respecto a mí.

—Creo que no acabo de entenderlo, Calvin.

—Yo creo que sí, doctor Kemble —aseguró Calvin Birchard con firmeza.

—¿Qué razones esgrimió mi tío para pedirle que me alojara unos días en su casa?

El doctor Henry Kemble no respondió en seguida. Permaneció unos segundos en silencio y después comenzó a decir lentamente:

—Su tío me dijo que había estado enfermo y necesitaba una temporada de descanso, Calvin. Habrá observado durante el viaje que Lookville es el sitio ideal para restablecerse en un tiempo relativamente corto. Se encuentra en un paraje agreste lejos del mundanal ruido típico de esas grandes ciudades donde

la vida se hace cada día más insoportable. Por otra parte el clima clásico de la alta montaña...

Birchard lo cortó haciendo un brusco ademán.

—¿Le dijo mi tío la índole de mi enfermedad, doctor?

Kemble se pasó la mano por el mentón.

—Bueno...

Pero de nuevo lo atajó el joven.

—He permanecido dos largos años internado en una clínica mental. Mi cerebro se negó a funcionar con normalidad después de la trágica muerte de mi padre.

—Pero usted está completamente curado, Calvin.

El joven asintió moviendo la cabeza.

—Eso aseguró el neurólogo. Y ciertamente debo decir que coincido con él, doctor Kemble.

—No tiene por qué dudarlo, Calvin.

—No lo dudo, porque me consta que ahora mi mente funciona con absoluta normalidad.

Kemble dejó escapar una amistosa risita.

—Me alegra escuchar eso, Calvin. Un paciente tiene que ser el primer convencido de su curación.

Birchard volvió a tomar asiento frente al médico y posó los ojos grises en él.

—Aún no tengo decidido el tiempo que permaneceré en su casa, doctor.

—Nadie le obliga a establecer un plazo fijo, Calvin. Usted sabe que puede estar el tiempo que desee.

—En todo caso dependerá de usted, doctor

Henry Kemble arrugó el ceño.

—¿De mí...?

—Eso es —afirmó con la cabeza Calvin Birchard—. Si antes le he dicho que me considero absolutamente curado es porque no deseo trato especial de ningún género.

—¿A qué se refiere?

—Si ha dado algunas instrucciones exclusivas a la señora Griffitt le aconsejo que las cambie.

Kemble hizo una mueca.

—Me he limitado a informarla que un amigo venía a pasar una temporada en mi casa. Ella ha preparado una habitación para usted y lo atenderá igual que lo hace conmigo.

Hubo un corto silencio y de repente preguntó Calvin:

—¿Le paga mi tío el alojamiento, doctor?

Los músculos faciales de Kemble se endurecieron. Y en su voz se advirtió un claro sarcasmo al responder:

—No puede usted negar que pertenece a una familia de poderosos recursos económicos, Calvin.

—Eso no responde a mi pregunta, doctor Kemble.

—Su tío no me paga ni un dólar, Calvin —aseguró el médico sin abandonar la entonación sarcástica—. Le he dicho que existe una gran amistad entre nosotros... y, que conste, que no deseo impresionarlo ni mucho menos.

—¿Tampoco le ha pedido que observe mi comportamiento?

—Ni siquiera eso, Calvin —respondió Kemble—. Pero, aunque su tío no me lo haya pedido debo comunicarle que lo informaré de cualquier anormalidad que se produzca.

—¿Referente a mi estado mental?

—Exacto.

Calvin Birchard apretó los maxilares.

—Le he dicho que estoy completamente curado, Kemble. En realidad pudieron darme de alta hace unos meses.

El doctor le mantuvo firme la mirada.

—No basta con que usted lo diga, Calvin. Además tendrá que demostrarlo con su forma de actuar.

Birchard cambió bruscamente de actitud y emitió una risa mordaz.

—¿Supone que voy a gritar por las noches despertándome después de una horrible pesadilla, Kemble?

El médico encogió los hombros.

—El tiempo lo dirá, Calvin. Puede creerme que soy el primer interesado en que su estancia en mi casa sea lo más normal posible. Quiero despedirlo con una sonrisa en los labios cuando considere que debe marcharse de Lookville.

—Me marcharé de aquí en cuanto observe un trato especial en su comportamiento o en el de la señora Griffitt.

Kemble compuso un gesto displicente.

—¿Me cree tan estúpido como para poner en conocimiento de la señora Griffitt que acaba de ser dado de alta en una clínica mental, Calvin? Por favor..., no me crea tan ingenuo.

Se estableció un intervalo y lo rompió Calvin diciendo en tono más apacible:

—Perdone, si he sido algo brusco, doctor Kemble. Pero deseaba que todo estuviera claro desde el principio.

El médico emitió un leve suspiro.

—Ya estaba lo suficiente claro, Calvin —dijo hablando despacio—. En mí tiene a un amigo dispuesto a ayudarlo... cuando usted lo solicite. Y también entre la gente de este pequeño pueblo puede hacer amistades siempre que no sea demasiado exigente. Son personas de escasa formación cultural, pero sinceros y nobles. Ni que decir tiene que tampoco a ellos les he comunicado el motivo de su estancia en el pueblo. Todos creen que es usted un amigo que ha venido a pasar unos días de vacaciones.

Calvin Birchard dio una cabezada afirmativa.

—Gracias, doctor Kemble.

—No tiene necesidad de darme las gracias, Calvin —hizo una pausa el médico y acto seguido agregó—: Puede moverse por esta casa y por el pueblo con absoluta libertad. Nadie lo estará vigilando ni obstaculizará sus movimientos.

—Eso espero.

—No tenga la menor duda. Avisaré a Edna para que suba el equipaje a su habitación.

—Puedo subirlo yo mismo.

—La señora Griffitt se ofendería, Calvin —antes de que el joven pudiera despegar los labios se apresuró a sonreír Kemble—. No vea en esto un trato especial, por favor.

Birchard también sonrió.

—De acuerdo, doctor.

—A propósito... ¿sabe montar a caballo, Calvin?

—Me puedo mantener en la silla.

—Lo digo porque creo que no. le conviene encerrarse todo el día en la casa. Un paseo a caballo por los alrededores de vez en cuando le sentará bien, Calvin. Descubrirá paisajes maravillosos hacia la parte norte de Lookville.

El joven asintió.

—Le echaré un vistazo a esos parajes, Kemble.

—Abajo en la cuadra tengo tres caballos, Calvin. Si decide montar uno de ellos puedo recomendarle a «Piper». Es el ruano. Un noble bruto fácil de montar por su docilidad.

—Lo tendré en cuenta, Kemble.

Tras un corto silencio, agregó el médico:

—Otra cosa, Calvin...

—¿Sí?

—La parte sur de Lookville no posee el menor atractivo. Es un páramo poco recomendable.

—Comprendo.

CAPITULO II

Atardecía.

Pero aún quedaba más de una hora de luz diurna.

Montando al apacible «Piper» abandonó Calvin Birchard la casa del doctor Kemble y sin poderse dar una explicación lógica llevó al noble bruto hacia la parte sur del pueblo.

En dirección al páramo.

Llevaba una media hora cabalgando cuando súbitamente se encontró con una hermosa muchacha sentada sobre una piedra. Fruncido el ceño observó Calvin que estaba llorando a juzgar por el leve estremecimiento de sus hombros.

No dudó en saltar de la silla y aproximarse a ella.

La chica se giró al escuchar sus pasos y entonces ocurrió algo insólito.

«Piper», que hasta aquel instante había dado muestras de extraordinaria docilidad, relinchó asustado sin causa que lo justificara. Después de bracear el aire con las patas delanteras dio un violento tirón arrancando la brida de las manos.

Calvin contempló extrañado cómo el caballo relinchaba estridentemente mientras se alejaba a un galope desenfrenado.

—Es raro —murmuró para sí—. Un caballo tan dócil...

Sacudió la cabeza y fue junto a la chica.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? Mi nombre es Calvin Birchard y resido en Lookville.

Ella levantó la cabeza mirándolo con los ojos enrojecidos y las pestañas húmedas.

Calvin se dijo que la muchacha no tendría más de veinticuatro años. Poseía una larga cabellera oscura que le llegaba hasta la cintura.. Su juvenil figura no carecía de turgentes redondeces. Y el joven jamás había contemplado un semblante tan hermoso como el de aquella criatura que tenía delante.

A pesar de la intensa palidez que ahora lo cubría.

La chica no dejó de advertir el examen de que estaba siendo objeto y apresuradamente levantó el brazo secándose las lágrimas con la manga de su burdo vestido.

El tono de su voz fue helado al decir:

—No necesito ayuda.

Calvin sacudió la cabeza risueño…

—Sin embargo, estaba llorando cuando he llegado. No me crea un entrometido, pero me gustaría conocer su nombre y el motivo que tiene para llorar.

Ella lo miró fugazmente como un animalillo asustado. Luego susurró inclinando la cabeza:

—Soy Jane Crowe.

—¿Y por qué están llenos de lágrimas sus bonitos ojos, Jane? Nadie llora sin un motivo justificado.

Sin levantar la cabeza volvió a susurrar la chica:

—Estaba llorando porque no puedo evitar hacerlo en el páramo de los Muertos.

Calvin se sorprendió.

—No deberías venir si no puedes evitar el llanto en este sitio. Jane. Creo... que estarías mejor en tu casa.

Jane Crowe levantó los ojos clavándolos en él.

—Tengo que venir.

—¿Por qué razón?

—En este lugar hay algo... que me atrae irresistiblemente. Quizá sea lo mismo que hizo huir a su caballo. Todos los animales huyen del páramo de los Muertos.

Calvin chasqueó la lengua.

—Eso es absurdo, Jane.

Ella afirmó tajante:

—No existen animales de ninguna especie por estos contornos.

—Eso será porque no hay condiciones para la vida animal, Jane.

—No —aseguró con extraña firmeza la chica—. Los animales huyen porque también escuchan los susurros.

Calvin ladeó la cabeza interesado.

—¿Qué susurros. Jane?

—No lo sé.

—Te has referido a unos susurros. Jane.

—Yo los he escuchado. Vienen con el viento y hay ocasiones en las que casi puedo entender lo que dicen.

Calvin la miraba cada vez más extrañado.

Resultaba evidente que Jane tenía un miedo profundo a algo que él desconocía. Era... como un terror supersticioso que la afectaba hasta lo más hondo de su ser.

Inspirando pausadamente, inquirió el joven:

—¿Qué has podido entender en las palabras susurradas que vienen con el viento, Jane?

—Cosas horribles.

Calvin Birchard la contempló unos instantes en silencio. Observó que su bello rostro se hallaba demacrado, intensamente pálido. De pronto se apoderó de él un irreprimible sentimiento de ternura y le rodeó los hombros con su brazo.

Ella no se resistió cuando la atrajo hacia sí.

Calvin percibió el ligero estremecimiento que sufrió el cuerpo de Jane al contacto con el suyo.

Deseando borrar de su mente aquellos tenebrosos pensamientos, acarició Calvin los largos cabellos oscuros y murmuró junto a su oído:

—Eres muy bonita, Jane.

Por un momento ella se aferró a él con fuerza inusitada. Sus ojos se levantaron envolviéndolo en una mirada llena de ansiedad. Después de unos segundos interminables, musitó:

—Soy bonita... de día, Calvin.

El joven arrugó el ceño cada vez más perplejo.

Las palabras musitadas por la muchacha rezumaban amargura.

—¿Dónde vives, Jane?

—En el páramo.

—¿Quieres decir... en este lugar?

—Sí, Calvin.

—Pero ¿cómo puede vivir alguien en un sitio tan inhóspito?

Jane levantó el brazo derecho y señaló hacia un risco no demasiado lejos de donde se encontraban.

—Vivo en aquella cabaña.

Calvin reparó entonces en la vieja cabaña que había sobre el desolado risco y que aparecía casi difuminada por la ligera neblina que se extendía sobre el páramo de los Muertos.

Girándose a la chica preguntó extrañado:

—¿Allí vive tu familia?

El sol lanzó su último destello del día apareciendo detrás de una nube y luego comenzó a ocultarse. Calvin pudo ver en toda su amplitud la triste sonrisa que se dibujó en los labios de la muchacha.

—Vivo con mi abuela, Calvin.

—¿Sólo con tu abuela?

—Mi madre murió. Fue...

Jane se irguió guardando silencio bruscamente.

El joven vio asombrado cómo su cuerpo se estremecía mientras el viento procedente del páramo empezaba a soplar con más fuerza. Jane temblaba inconteniblemente.

Y de pronto dijo tensa:

—Puedo... escucharlos.

Birchard también se incorporó y tuvo que sacudir la cabeza para librarse de la sensación opresiva que se estaba apoderando de él. Todo aquello resultaba fantástico.

Compuso una mueca escéptica.

—Es imposible...

—Escucha los susurros, Calvin.

El joven quiso hacer lo que ella le pedía, pero 'en seguida desistió y dejó escapar un resoplido.

—No puedo escuchar nada, Jane.

Pero ella no le contestó.

Tenía el semblante contraído y las pupilas le brillaban inusitadamente. Daba la impresión de que realmente escuchaba «algo» que la llenaba de

pavoroso terror.

Calvin alargó la mano y rozó su brazo con la yema de los dedos.

La piel de Jane estaba fría como el mármol y él no pudo evitar el escalofrío que le sacudió la espina dorsal.

—Jane...

La muchacha seguía ausente, erguida frente al viento, temblando convulsivamente.

Muy a pesar suyo se sintió impresionado Calvin.

Las sombras de la noche comenzaron a extenderse sobre el páramo.

Y de pronto brotó un alarido sobrecogedor de la garganta de Jane.

Calvin respingó espantado por lo inesperado del hecho y no pudo evitar retroceder unos pasos.

Cuando pudo reaccionar ya corría Jane Crowe por el páramo alejándose frenéticamente de su lado. La negra cabellera flotaba al viento difuminándose en la persistente neblina.

El joven se quedó estupefacto.

Porque la imagen de Jane corriendo alocadamente por el inhóspito paraje resultaba impresionante.

Quiso llamarla a gritos, pero acabó mordiéndose el labio hasta que la sangre brotó en él.

Después de que la muchacha hubo desaparecido de su vista tomó asiento en la misma piedra en que habían estado sentados ambos. Se sentía profundamente cansado.

Aquella hermosa chica era... una demente.

La palabra lo llenó de angustia. Una extraña zozobra se apoderó de todo su ser al cruzar por su mente el tremendo suplicio que él mismo había sufrido durante los dos últimos años.

¿Qué habría querido decir Jane cuando susurró trémula que era bonita de... día?

¿Sería posible que pudiera escuchar aquellos horribles susurros traídos por el viento del páramo?

Súbitamente tomó una firme decisión y se puso en pie.

Ayudaría a la hermosa Jane Crowe aunque para ello tuviera que hundirse en la demencia con ella. Se prometió a sí mismo ayudarla con todas sus fuerzas.

Buscó a «Piper» por los alrededores, pero no pudo encontrar ni el menor rastro del dócil ruano.

Finalmente encogió los hombros y empezó a caminar en dirección a Lookville.

CAPITULO III

Los dos hombres desayunaban en silencio.

Ninguno de ellos había formulado el menor comentario desde que se sentaron. Sólo cambiaron un breve saludo cuando ambos se encontraron hacía unos minutos.

De pronto sacudió la cabeza el doctor Kemble.

—Me desagrada que no siguiera mis indicaciones, Calvin.

El joven levantó la mirada de la tostada que tenía en la mano zurda y tardó unos segundos en responder.

—Ya se lo expliqué anoche, doctor. Todavía ignoro los motivos que me impulsaron a seguir el camino del páramo.

Henry Kemble lo miró recto a los ojos.

—No debe volver por aquél lugar, Calvin.

Birchard arqueó las cejas extrañado.

—¿Por qué?

—No es un sitio agradable de visitar.

—Eso no es una razón, doctor —sonrió levemente Calvin—. Suponga que a mí me gusta la soledad. No existe un lugar más idóneo para pasar unas horas tranquilo que el páramo de los Muertos.

Kemble apartó la taza de café que tenía delante.

—Insisto en que no debe regresar por allí, Calvin. Por la parte norte del pueblo encontrará lugares llenos de sosiego donde también podrá aislarse, si eso es lo que desea.

Calvin lo miró fijamente.

—Deme una razón, Kemble.

—Sería largo de explicar.

El joven dejó escapar una suave risita.

—Si algo me sobra es precisamente tiempo, doctor.

Kemble titubeó ligeramente antes de empezar a decir:

—No tengo la menor duda respecto a que se encuentra totalmente curado, Calvin. Y no quiero que interprete mal mis palabras. Sin embargo..., opino que no puede beneficiarlo en absoluto ir nuevamente a ese misterioso lugar.

Birchard arqueó las cejas.

—¿Misterioso...?

—Así es, Calvin.

—¿Qué puede haber de misterioso en ese páramo, Kemble?

El médico guardó silencio unos instantes y se pasó la diestra por el rostro. A continuación dijo con grave entonación:

—Anoche me habló usted de una hermosa muchacha llamada Jane Crowe.

—En efecto.

—Y me hizo varias preguntas sobre ella.

—Me acuerdo perfectamente, Kemble.

—¿Recuerda también mis respuestas, Calvin?

El joven replicó sin vacilar:

—Usted contestó a todas mis preguntas con evasivas, doctor. En realidad no me dijo nada en concreto respecto a Jane.

Kemble dio una cabezada.

—Lo hice intencionadamente, Calvin.

—¿Por qué?

—No deseo verlo mezclado con lo que ocurre en el páramo de los Muertos.

Calvin torció el gesto comentando, sardónico:

—Con sus palabras sólo consigue despertar mi interés, doctor. Me gustaría saber lo que sucede en ese lugar.

Kemble lo miró al fondo de los ojos.

—¿De verdad lo desea, Calvin?

—Sí.

Hubo una nueva pausa y el doctor Henry Kemble dio la impresión de poner en orden sus pensamientos. Luego, sin abandonar el tono grave del principio, fue diciendo:

—Entre los habitantes de Lookville existe una creencia firmemente arraigada. Se trata de una fantástica leyenda relacionada con el páramo de los Muertos, que se ha ido transmitiendo de generación en generación desde hace siglos. Puedo asegurarle que ninguno de ellos se atrevería a cruzar por allí durante la noche ni por todo el oro del mundo. Le tienen verdadero pánico a ese desierto.

Calvin dejó el desayuno mostrándose súbitamente interesado en lo que decía Henry Kemble.

—¿Tiene inconveniente en relatarme esa leyenda, doctor?

El médico titubeó.

—Bueno... No sé si debo...

—Naturalmente que debe hacerlo, doctor —afirmó risueño el joven—. Le puedo asegurar que siempre me han interesado las viejas leyendas de los pueblos apartados de la civilización. Incluso creo que... les confiere cierto atractivo de cara a los turistas.

Kemble reprochó severo:

—Le advierto que no es cosa de broma, Calvin.

—Vamos, doctor. Deje que sea yo quien lo juzgue después de escuchar la historia.

—De acuerdo —suspiró encogiendo los hombros Kemble—. Voy a contarle la leyenda tal como la he escuchado.

Calvin dio una cabezada afirmativa.

—Adelante, doctor.

Pero Kemble dejó transcurrir unos segundos.

Luego empezó a explicar hablando despacio:

—La gente de por aquí asegura que hace siglos existió una floreciente

aldea en lo que hoy es el páramo. Dicen que los aldeanos tenían la costumbre de hacer ofrendas paganas a los espíritus del mal para que no se ensañaran con sus cosechas. Pero resultó que un año fue catastrófico para el campo. Las inclemencias del mismo les impidió recoger los víveres suficientes para pasar el invierno. Aquello desanimó a los aldeanos y decidieron no realizar nuevas ofrendas a los espíritus del mal.

Calvin sonrió bajito.

—Bien hecho.

Impasible por la interrupción, siguió Kemble:

—Los espíritus se encolerizaron y la aldea fue maldecida horriblemente. Dicen que todos los aldeanos se vieron condenados a permanecer vivos durante siglos. Vivos, pero desprovistos de forma humana. La aldea, y con ella todos sus habitantes, se volvió invisible. Sólo una vez cada cincuenta años, durante la noche de San Juan, les está permitido a esos entes recuperar por unas horas su aspecto real. Entretanto..., se pasan los años llorando en el páramo por las noches y lamentándose quejumbrosos debido a la terrible maldición que sufren. Algunas personas del pueblo juran haber escuchado sus pavorosos lamentos nocturnos.

Kemble guardó silencio.

Con una mueca escéptica plasmada en el semblante, inquirió Calvin:

—¿Qué opina usted de esa leyenda, doctor?

Henry Kemble levantó los hombros.

—He preferido no plantearme nunca esa cuestión.

—Vamos, doctor —dijo con leve acento burlón el joven—. Usted no puede dar crédito a eso.

—Soy un hombre del siglo veinte y me considero con la cultura suficiente como para rechazar esas creencias, Calvin. Pero no creer en una cosa no significa en modo alguno que ésta no exista.

Calvin lo miró arrugando la frente.

—Me desconcierta usted, Kemble.

—Hay algunos puntos que todavía ignora, Calvin.

—¿Por ejemplo?

—He recorrido el páramo en varias ocasiones durante el día y le garantizo que no existe ni el menor indicio de vida animal en ese misterioso lugar. Eso resulta bastante raro de por sí, ¿no cree? Pero es tan sólo uno de los extraños fenómenos de ese sitio.

—Eso quiere decir que hay otras cosas raras.

—Desde luego. Usted mismo pudo comprobar que un caballo tan manso como «Piper» relinchó aterrado cuando llegó al límite del desierto. Otras veces han aparecido animales destrozados, con el vientre horriblemente abierto, en la periferia del páramo de los Muer-tos. Y aún hay más.

—Siga, Kemble.

—Los habitantes de Lookville cuentan que cuando esa aldea fantasma reaparece cada cincuenta años, siempre se produce una muerte violenta entre

las personas del pueblo. Y en todos esos horrendos crímenes que se han venido repitiendo a lo largo de la historia, jamás se ha podido encontrar a un culpable.

Se abrió un silencio entre los dos hombres y lo rompió Calvin masajeándose el mentón.

—¿Qué papel desempeña Jane Crowe en la leyenda, doctor?

—Sabía que acabaría por preguntármelo.

—Me interesa esa muchacha.

Kemble abrió los ojos incrédulo.

—Supongo que no hablará en serio, Calvin.

Brillantes las pupilas, afirmó el joven:

—Nunca he hablado tan en serio, Kemble. Le ruego que me ponga al corriente respecto a Jane.

El médico emitió un resoplido y terminó accediendo.

—Circulan dos versiones distintas por Lookville, Calvin —informó hablando despacio—. Y las dos son increíbles.

—Estoy dispuesto a escucharlas, doctor.

—Unos dicen que nieta y abuela son una misma persona y ése es el motivo de que lleven el mismo nombre. Los que defienden dicha teoría manifiestan que resulta imposible calcular la edad de esa mujer. Lo mismo puede tener trescientos, que seiscientos años.

Calvin chasqueó la lengua.

—Es ridículo.

—Otros están convencidos que Jane Crowe y su nieta se encontraban en el exterior de la aldea cuando la maldición se llevó a cabo. No se volvieron invisibles, pero no por eso dejaron de ser alcanzadas por el maleficio. También están condenadas a vivir eternamente en la soledad y el horror del páramo. Por eso siguen realizando esas ofrendas a los espíritus del mal con la angustiosa esperanza de ser perdonadas.

Calvin se puso bruscamente en pie.

—Todo eso resulta absurdo.

—Es posible, Calvin. Puede ser absurdo, pero la gente de por aquí lo cree firmemente.

—¡Porque son unos malditos ignorantes!

El médico movió la cabeza pesaroso.

—Le ruego que se calme, muchacho. Nada conseguirá excitándose. Es mejor que se olvide del páramo de los Muertos y de Jane Crowe. Le aconsejo que nunca regrese a ese lugar.

El joven apretó los maxilares.

—No, doctor.

Kemble frunció el ceño.

—¿Quiere decir que piensa volver por allí, Calvin?

—Exacto.

—Pero...

Calvin apuntó al médico con el índice extendido.

—Dígame una cosa, doctor —pidió fulgurante la mirada—. ¿Por qué dejan los habitantes de Lookville que Jane siga viviendo en el páramo de los Muertos? Si realmente es una especie de bruja o alma en pena, deberían unirse para exterminarlas a ella y a su abuela.

Kemble tardó un poco en contestar.

Finalmente inclinó la cabeza, murmurando:

—Puede que lo hagan dentro de tres días, Calvin.

El joven respingó alarmado.

—¿Qué diablos está diciendo, Kemble?

—Faltan tres noches para la de San Juan, Calvin.

—¿Y qué?

—Hace precisamente cincuenta años que murió brutalmente asesinada una mujer de Lookville. Fue encontrada en el límite del páramo el día de San Juan.

Calvin rió sarcástico.

—Ahora me dirá que culparon a Jane, ¿eh?

—Han transcurrido muchos años desde entonces, muchacho. La mayoría de los habitantes del pueblo desconocen las investigaciones que realizó el hombre encargado de la ley en aquellas fechas. Pero voy a decirle una cosa.

—Adelante, doctor.

—Si se produce una muerte violenta en estos días y existe el menor rastro que conduzca a Jane Crowe, esa mujer lo pagará caro. El actual jefe de policía, Lloyd Mailer, está dispuesto a terminar para siempre con la leyenda del páramo de los Muertos.

CAPITULO IV

Calvin pasó todo el día encerrado en su habitación.

Varias veces se tendió boca arriba en la cama y permaneció largos ratos con las manos enlazadas tras la nuca. Inmóvil y con la mirada perdida en un punto indefinido del techo.

Pensaba intensamente en Jane Crowe.

Recordó la conversación que sostuvo con ella en el páramo y no pudo evitar que cierto desasosiego se apoderara de él. Como un misterioso presagio. Pero a pesar del extraño comportamiento de la muchacha continuaba sin creer en la absurda leyenda relatada por Kemble.

Sin embargo, admitía para su fuero interno que algo raro estaba sucediendo.

Quizá todo se debiera a que Jane fuera una pobre demente que vivía en el páramo con su abuela por la marginación de la gente de Lookville. A veces ocurre eso en pueblos cuyos habitantes son profundamente supersticiosos. Podían haber rodeado a las dos mujeres de un enigma que en realidad no existía.

No obstante, una frase pronunciada por Jane se repetía constantemente en su cerebro:

«Soy bonita... de día.»

¿Qué habría querido decir la muchacha?

De todas formas se había prometido ayudarla y estaba dispuesto a regresar a su lado.

Aún faltaban más de dos horas para que el sol se ocultara, cuando decidió abandonar la habitación. Cruzó la vivienda bajando a la cuadra y se alegró de no encontrarse con el doctor Kemble o la señora Griffitt.

No tenía ganas de dar explicaciones.

Ensilló con rápidos movimientos a «Piper» y minutos después, cabalgaba hacia el páramo de los Muertos.

Esta vez tuvo la precaución de dejar a «Piper» atado al tronco de un árbol, fuera de los límites del desierto. El resto de camino hasta la roca donde la tarde anterior había encontrado a Jane Crowe lo hizo andando.

La sangre corrió a mayor velocidad por sus venas cuando divisó a la chica sentada en el mismo lugar.

Aceleró el ritmo de sus pasos.

Y llegando a su lado, sonrió.

—Hola, Jane.

La hermosa muchacha parecía hallarse abstraída en sus pensamientos y todo su cuerpo se estremeció al escuchar el inesperado saludo del joven.

Giró la cabeza y lo miró unos instantes como si fuera la primera vez que lo viese. Luego forzó una tenue sonrisa y Calvin tuvo la impresión de que su rostro se iluminaba.

—Creí que no volverías, Calvin.

El joven tomó asiento junto a ella y depositó un suave beso en la mejilla femenina.

—Vendré todas las tardes, Jane.

—¿Hasta cuándo, Calvin?

—Hasta que decidas venirte conmigo.

En las pupilas de la chica hubo un destello de alarma.

Después de un corto silencio, musitó:

—Eso no podrá ser nunca, Calvin.

—¿Por qué?

—Yo... no puedo abandonar el páramo.

—Eso es absurdo, Jane —rebatió Calvin—. Toda persona es libre de ir adonde quiera.

—¡No puedo salir de aquí, Calvin!

Su grito desgarrado, preñado de inusitada angustia, impresionó al joven profundamente. Dejó pasar unos segundos y después rodeó los hombros de Jane con su brazo.

Con todo el cariño que pudo expresar, preguntó:

—¿Es... a causa de esas voces que dices escuchar. Jane?

Ella se giró bruscamente de espalda.

—Las escucho realmente, Calvin —aseguró un tanto alterada—. Por las noches me torturan esos susurros horribles.

El joven siguió sujetándola por los hombros.

—¿Desde cuándo los escuchas, Jane?

Ella no respondió en seguida.

—Hace muchos años, Calvin —replicó al fin—. Recuerdo que yo era una niña cuando los escuché por primera vez. Fue... días después de la muerte de mi madre.

Hizo una corta pausa y continuó diciendo:

—Corrí asustada y se lo dije a mi abuela. Pero ella...

Observando que Jane prefería guardar silencio, inquirió Calvin:

—¿Qué hizo tu abuela, Jane?

—Empezó a reír hasta que las lágrimas corrieron como un torrente por sus arrugadas mejillas.

Calvin frunció el ceño.

—¿Eso... fue lo que hizo? ¿Ni siquiera intentó quitarte de la cabeza esa idea absurda?

—Ella escucha esos susurros desde hace siglos, Calvin. Cuando terminó de reír me dijo que se alegraba de que yo también los escuchase. Eso demostraba que no estaba sola frente a la maldición de los espíritus.

Calvin procuró conservar la calma.

La obligó a volverse y sujetándole la barbilla entre los dedos la hizo levantar el rostro.

—Esos espíritus no existen, Jane.

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. No podemos verlos, pero existen.
—¿Cómo lo sabes, Jane?
—Por las ofrendas que continuamente les dejamos
—respondió la muchacha muy convencida—. ¡Jamás las aceptan! Vuelcan el plato y pisotean la comida.
—Debe tratarse de un bromista.
—No. Te aseguro que son ellos. ¿Quiénes si no rondan por el páramo durante las noches? Eso prueba que la maldición existe, Calvin.
—Yo no puedo creerlo.
Hubo un intervalo y lo rompió ella.
—Calvin...
—Dime, Jane.
—¿Te... han hablado en Lookville de nosotras?
El joven meditó unos instantes la respuesta. Finalmente acabó dando una lenta cabezada afirmativa.
—Me han contado una historia increíble.
—¿La leyenda de la aldea fantasma?
—En efecto.
Jane dijo en tono grave:
—Esa aldea existió hace varios siglos, Calvin. Esas pobres almas en pena rondan...
El joven se puso en pie súbitamente enfurecido.
—¡No sigas diciendo tonterías, Jane! —pidió exaltado—. Cuentos de esa clase sólo pueden existir en mentes tortuosas de personas desequilibradas.
La chica lo miró con infinita tristeza.
Calvin comprendió que gritándole no la ayudaría en absoluto y volviendo a tomar asiento se frotó las manos nerviosamente. Luego dijo ya más calmado:
—Lo siento, Jane. No he debido gritarte.
Ella rió levemente.
—Nunca pidas perdón. No sirve de nada hacerlo.
Calvin se giró mirándola asombrado.
—Tú no puedes decir eso, Jane. ¿Qué motivos te obligan a hablar con tanta amargura?
En lugar de responder desvió Jane Crowe la mirada observando que las primeras sombras de la noche empezaban a gravitar sobre el páramo.
Lentamente se levantó.
—Tengo que marcharme, Calvin —dijo sin mirarlo—. Pronto se hará de noche.
El joven la imitó y alargó la mano sujetándola del brazo.
—No te vayas todavía, Jane. Te lo suplico.
—Debo hacerlo.
—Está bien —suspiró él—. Te acompañaré a la cabaña y conoceré a tu abuela.
La chica respingó sobresaltada y clavó en su rostro una mirada llena de

incredulidad.

—No... puedes hacerlo, Calvin.

—¿Por qué? —Rió él con cierto nerviosismo—. ¿Crees que tu abuela no me acogerá debidamente?

Jane aparecía cada vez más excitada.

—¿Acaso no comprendes que eso es imposible? Yo... no puedo llevarte ante mi abuela. Sería como...

—Vamos, Jane, acaba lo que ibas a decir.

Ella se mordió el labio inclinando la cabeza.

—Sería como ayudarte a cometer un suicidio, Calvin.

El joven sintió que un profundo escalofrío le recorría la espina dorsal. No obstante desechó los lúgubres pensamientos que se estaban adueñando de él y armándose de valor, insistió:

—Por lo menos te acompañaré un trecho.

—Es mejor despedirnos aquí, Calvin.

—No vas a conseguir librarte tan fácilmente de mí, Jane. De todas maneras iré contigo unos minutos.

—Está bien —accedió ella, resignada—. Pero debes prometerme que te volverás antes de que se haga de noche.

Calvin clavó la mirada en el hermoso semblante femenino.

—¿Por qué tienes miedo a la noche, Jane?

Pero en lugar de responder, ella echó a andar adentrándose en el páramo a buen ritmo.

Calvin tuvo que dar varias zancadas para alcanzarla.

Y cuando estuvo a su altura, reprochó:

—No has contestado a mi pregunta, Jane.

La chica se detuvo mirándolo fugazmente.

Luego, de forma inesperada, echó a correr alejándose de él.

Calvin quedó unos instantes estupefacto pero en seguida reaccionó y la llamó a gritos:

—¡Espera, Jane!

La muchacha corría frenéticamente hacia la cabaña del risco y ni siquiera aflojó la marcha por las llamadas del joven. Este acabó sacudiendo la cabeza apesadumbrado y después de pensarlo brevemente, decidió llegarse hasta la vivienda que compartían Jane y su abuela.

La noche había caído por completo cuando llegó frente a la cabaña.

Se encaminó a la puerta y de pronto se detuvo paralizado de terror.

Desde el umbral de una ventana lo contemplaban unos ojos enrojecidos, brillantes... Pertenecían a un rostro horriblemente arrugado. La boca y la nariz se perdían entre los pliegues del dantesco semblante.

Y aquellos ojos... aquellos ojos... ¡Eran los de Jane!

CAPITULO V

La vida se había detenido para Calvin.

Su cara se hallaba contraída, lívida...

Por un momento su mirada se encontró con aquellos ojos endemoniados y todo su cuerpo tembló. Acabó desviándola para no seguir viendo aquel repugnante rostro.

Entonces se escuchó una áspera voz procedente del interior de la cabaña:

—¡Fuera de aquí!

Calvin salió de su espantosa abstracción a tiempo de comprobar que aquella desagradable voz no pertenecía a Jane. La hermosa joven no podía haber cambiado hasta el punto de...

—¿Acaso no me ha escuchado? —Siguió gritando la misma voz—. Esta tierra me pertenece.

Calvin crispó los puños y miró hacia la ventana.

—Quiero que salga Jane —pidió con extraña firmeza—. No me iré de aquí sin verla.

Hasta él llegó una risa cascada, repelente...

—¿De verdad deseas verla... ahora?

Antes de que tuviera tiempo de responder llegó hasta él la voz angustiada de la chica:

—¡Vete, Calvin!

—Déjame entrar, Jane.

—¡No...!

—Por favor, Jane... ¿No comprendes que tengo una imperiosa necesidad de verte?

La risa de la vieja se dejó oír nuevamente.

Una risa cascada, hueca, desagradable...

—Anda, Jane —invitó, graznando—. Sal para que tu amado te vea en la oscuridad. Así comprobará lo hermosa que eres cuando las sombras envuelven el páramo.

En sus palabras había una burla siniestra.

Los dos jóvenes guardaron silencio y siguió la vieja:

—Vamos, Jane. Déjalo que vea lo mismo que vio aquel chico antes de morir de pánico. ¿Qué edad tenía Martin Logan la noche que se tropezó en el páramo contigo? Yo diría que no pasaba de los diecisiete años. Y cometiste el error de ofrendarlo a los espíritus...

—¡Basta, abuela —chilló enloquecida Jane—. ¡No sigas hablando de aquello!

Calvin se hallaba tenso.

Como si estuviera viviendo una alucinación.

—Sal, Jane —pidió fingiendo una firmeza en la voz que en realidad no sentía. Hablaba de aquella forma para ocultar los violentos latidos de su

corazón—. No pienso irme de aquí sin verte.

—Anda —continuó siniestra la vieja—. Déjalo mirarte.

Se produjo un largo y pesado silencio en la oscuridad reinante en torno a la cabaña.

De pronto escuchó Calvin que la puerta se abría.

Sigilosamente.

La silueta de Jane se recortó un instante contra la débil luz de una vela. Pero en seguida se volvió a cerrar la puerta y en la noche sin luna la oscuridad fue mayor que antes.

El viento se había calmado súbitamente.

En torno a Calvin reinaba una densa y extraña quietud.

El joven sintió la presencia de Jane entre las sombras, pero no pudo moverse del sitio. Aunque quería engañarse a sí mismo, un profundo horror lo invadía llegándole hasta la raíz de los cabellos.

Algo superior a sus fuerzas.

Entonces se escuchó la voz suave de Jane, cuya realidad desvaneció en él todo presagio.

—Tengo los ojos cerrados, Calvin —musitó la muchacha—. Abrázame como el primer día que nos vimos. Quiero... quiero que me beses antes de abrirlos.

Como un autómata, sintiendo en todo el cuerpo la tensión de una persona que se ahoga, la rodeó Calvin con sus brazos. Se inclinó besando su mejilla.

Helada como el mármol.

Y el viento arreció furiosamente intentando romper el abrazo. Jane se apretujó contra el pecho de Calvin buscando refugio en él con desesperación.

Escondió el rostro llorando mansamente.

Calvin acarició mecánicamente sus cabellos y sin saber exactamente el motivo, preguntó:

—¿Quién era ese Martin Logan?

Notó que ella se estremecía.

—Por favor...

Calvin la oprimió un poco más contra sí.

—No hables, querida —la cortó enronquecida la voz—. No deseo obligarte a confesar nada.

Sin embargo, Jane pareció cambiar de actitud.

—Quiero que lo sepas todo, Calvin.

—No tienes necesidad...

—Martin Logan era un muchacho de Lookville, Calvin —lo atajó ella en tono patético—. Todo ocurrió hace un año... Se me aproximó inesperadamente. No supe que estaba allí hasta que lo escuché gritar horrorizado. Luego... luego...

—¿Tú... lo mataste, Jane?

—Sí, Calvin.

El joven creyó que la tierra se abría bajo sus pies. Entre sus brazos tenía a

una asesina. Quizá a una pobre demente digna de compasión. Pero que no obstante había dado muerte a un semejante.

La risa cascada de la vieja sonó dentro de la cabaña.

Calvin tuvo la impresión de estar viviendo una pesadilla.

Jane seguía con el rostro oculto en el pecho del joven y éste no se atrevía a rechazarla. No podía hacerlo porque se prometió a sí mismo ayudarla hasta el límite de sus fuerzas.

En ningún instante levantó la cara Jane.

Ahora preguntaba en un susurro:

—¿Me... desprecias, Calvin?

—No sé lo que debo contestarte, Jane —dijo él con absoluta sinceridad—. Es algo tan...

—¿Horrible?

—En efecto. Jane.

Hubo un corto silencio y lo rompió ella confesando:

—Después de la muerte de Martin Logan jamás he vuelto a salir durante la noche, Calvin. Tienes que creerme... No he querido que se volviera a repetir algo semejante.

—Te creo, Jane. Pero ¿por qué tuviste que ofrendar el cuerpo de ese muchacho a los espíritus?

—Tuve que hacerlo, Calvin.

El joven crispó los dedos en los brazos femeninos, mientras preguntaba angustiado:

—¿Por qué...?

Jane respondió con terrorífica sencillez:

—Tengo que librarme de la maldición, Calvin. La única forma de calmarlos...

—¡No sigas hablando de eso! —Gritó fuera de sí el joven—. Esa maldición no existe.

Jane no había levantado la cabeza en todo el tiempo que llevaba entre los brazos de Calvin.

El viento arreciaba con mayor fuerza.

Desde el umbral de la ventana los observaba la vieja Jane con su semblante horrendo, alucinante...

Sin cambiar de postura insistió Jane:

—La maldición existe, Calvin.

—No puede ser cierto, Jane. No podemos creer en maldiciones de espíritus del mal en pleno siglo veinte.

—Nosotras... no vivimos en ese siglo, Calvin.

—¡Oh, vamos! —Exclamó el joven—. No vas a convencerme de algo tan absurdo por mucho que insistas, Jane.

Ella musitó de pronto:

—Vuelve a besarme, Calvin... Hazlo por última vez antes de que levante la cabeza y puedas ver mis ojos.

Calvin tensó los músculos y obedeció despacio. En las palabras de la chica, en el ambiente, en el viento rugiendo enfurecido... había «algo» impresionante.

Cuando la hubo besado de nuevo empezó a levantar Jane la cabeza abandonando el refugio masculino.

La luna quiso contribuir al horror y se abrió paso entre los nubarrones asomando su luminosa faz.

En la penumbra vio Calvin los ojos de Jane.

Eran dos discos plateados en cuyo centro ardía un extraño fuego encarnado.

Repulsivos.

Calvin se estremeció hasta lo más profundo de su ser retrocediendo involuntariamente.

En aquella luz encarnada había algo despreciable, sobrenatural y maligno. Durante un tiempo que nunca pudo precisar permaneció alelado, aturdido.

¡Aquellos ojos eran los de un monstruo!

Jane sonrió tristemente.

—Puedo comprender lo que te ocurre, Calvin. Veo el horror reflejado en tu rostro. Es el mismo que vi en los ojos de aquel muchacho la noche de su muerte.

Calvin no pudo seguir soportando la tremenda tensión a que estaba sometido.

Súbitamente giró sobre los talones y echó a correr alejándose enloquecidamente del risco.

La cascada y desagradable risa de la vieja Jane lo persiguió un largo trecho.

CAPITULO VI

Calvin llegó junto al árbol donde dejó a «Piper» completamente empapado en sudor. Jadeante la respiración y con la frente ardiéndole, procedió a desatarlo con febriles .movimientos.

Saltó sobre la silla y espoleó al noble bruto fustigándolo salvajemente, como si el pobre caballo fuese el culpable de todo cuanto le estaba sucediendo.

Cuando llegó a la casa del doctor Kemble observó que ésta se hallaba envuelta en la más completa oscuridad. Mentalmente agradeció el hábito de irse pronto a dormir que tenían en los pueblos.

No podía ver a nadie en el estado en que se encontraba.

Desensilló a «Piper» con manos torpes y subió a su habitación procurando no hacer ni el menor ruido que pudiese alertar a la señora Griffitt.

Por fin logró cerrar la puerta a su espalda y se apoyó en ella con la frente perlada de sudor.

Allí permaneció largo rato.

Hasta que tuvo necesidad de morderse el labio para ahogar el sollozo que pugnaba por brotar de su garganta.

Caminó como un sonámbulo hacia la cama y se tendió boca arriba respirando entrecortadamente.

Supo que era inútil intentar dormir.

¿Era realmente Jane Crowe una criatura perteneciente a siglos pasados o su cerebro volvía a fallar como ocurriera después de la trágica muerte de su padre?

El dolor de cabeza era insoportable.

No podía estar seguro de nada.

¿Por qué los ojos de Jane brillaban de aquella manera endemoniada, repugnante...? ¿Por qué la chica confesaba con aterradora naturalidad que había ofrecido el cadáver de Martin Logan a los espíritus del mal? ¿Por qué la vieja...?

Se apretó las sienes con ambas manos y sacudió la cabeza de un lado a otro lleno de desesperación.

Sin lugar a dudas se estaba volviendo loco nuevamente.

Entonces acudieron a su mente los desagradables recuerdos que había vivido en la clínica mental durante los dos interminables años que permaneció en ella. Decidió que antes de ser internado de nuevo prefería matarse.

Quizá lo mejor era huir de Lookville.

¿Y la promesa de ayudar a Jane?

Su mente era un caos infernal.

Sin saber cómo empezó a invadirlo un sopor bienhechor que terminó por cerrarle los párpados muy a pesar suyo. Se sumergió en un agitado sueño que lo transportó a un extraño mundo poblado de almas en pena que vagaban

emitiendo quejidos infrahumanos.

* * *

A las nueve de la mañana entró en la habitación el doctor Kemble después de llamar varias veces a la puerta. Estuvo esperando hasta que el joven lo autorizó.

Sentado en el lecho, con los ojos enrojecidos y el semblante macilento, lo contempló Calvin.

El doctor forzó una sonrisa.

—¿No ha descansado bien, Calvin?

—Creo... que no.

El joven se pasó la diestra por los enmarañados cabellos y escuchó decir al doctor:

—Hasta cierto punto es lógico. Cuesta un poco habituarse a nuevas...

—¿Qué se le ofrece, Kemble? —le cortó Calvin un tanto brusco—. Perdone, pero no me encuentro demasiado bien.

El doctor movió la cabeza en sentido afirmativo y tras un corto silencio, dijo:

—Tengo visita, Calvin.

—¿Y bien...?

—Me gustaría que bajara usted al salón.

El joven compuso un gesto de contrariedad.

—Escuche, Kemble, no estoy para que me presente a sus amistades. Mi humor no es el más adecuado para andar con cumplidos. Si puede usted encontrar una disculpa...

—Se trata de un asunto importante, Calvin. Tómese el tiempo que necesite, pero le ruego que baje.

—Está bien —accedió Calvin, ceñudo—. Voy a meterme bajo la ducha y luego bajaré.

—De acuerdo —Kemble pareció reparar entonces en la vestimenta que llevaba puesta e inquirió—: ¿No usa pijama para dormir, Calvin?

El joven emitió un gruñido y Kemble abandonó la habitación.

Calvin procedió a desprenderse de la arrugada vestimenta y se dirigió al cuarto de baño.

Quince minutos más tarde descendió al salón.

Allí se encontraba el doctor Kemble acompañado de dos individuos corpulentos. Los tres se pusieron en pie al verlo aparecer y observó el joven que sus rostros estaban algo alterados.

Kemble señaló a uno de los sujetos.

Tendría unos veintiocho años, poderosa musculatura, cabellos rubios y ojos azules.

—Le presento al oficial Lloyd Mailer, Calvin. Es el encargado de mantener el respeto a la ley en Lookville.

Calvin y Mailer cambiaron una leve cabezada.

A continuación hizo Kemble una indicación señalando al otro sujeto. Un individuo de rostro caballuno que no dejaba de mirar inquisitivamente a Calvin.

—Este señor es Chester Clayton —presentó el doctor—. Posee una granja al otro lado del páramo de los Muertos.

Hubo un corto silencio y preguntó Calvin:

—¿De qué asunto importante querían hablarme?

El oficial de policía cambió una mirada con el doctor Kemble antes de decir:

—Usted ha visitado el páramo de los Muertos en las dos últimas noches, ¿verdad, señor Birchard?

Calvin dirigió una reprobativa ojeada al médico y encogió los hombros éste disculpándose:

—Lo siento, Calvin. Ya le he dicho que se trata de un asunto importante y no puedo ocultar nada a la ley.

El joven se encaró al oficial de policía.

—Supongo que es así.

Lloyd Mailer torció el gesto contrariado.

—Dígame si estuvo o no, señor Birchard —pidió brillantes las pupilas—. Perderemos mucho tiempo si empezamos a jugar con las palabras. Y no me gusta.

Calvin tardó unos instantes en responder:

—Estuve en el páramo.

—¿Las dos últimas noches?

—En efecto.

Mailer dio unos pasos por el salón como si estuviera meditando sus siguientes palabras. Después de unos segundos, se detuvo frente a Calvin y preguntó:

—¿Ha visto algo extraño en ese lugar, señor Birchard?

Calvin chasqueó la lengua.

—Depende a lo que usted llame algo extraño, oficial.

Mailer se pasó la mano abierta por el mentón.

—Según tengo entendido el doctor Kemble lo puso en antecedentes respecto al páramo de los Muertos, ¿no?

El joven emitió una risita sardónica.

—El doctor Kemble me relató una historia muy difícil de tragar, oficial.

—¿No cree en ella?

—Por descontado que no.

—Sin embargo, existen indicios de que algo extraño sucede en el páramo, señor Birchard.

—Es posible. ¿A qué se refería concretamente cuando preguntó si había visto algo extraño?

Lloyd Mailer giró la cabeza hacia el silencioso granjero.

—Cuenta lo del muchacho al señor Birchard, Chester.

El sujeto se removió inquieto.

—Tú lo sabes, Lloyd, maldita sea. ¿Por qué tengo que ser yo quien lo cuente?

—Porque tú encontraste el cadáver, Chester.

—Pero yo empiezo a estar harto de...

Lloyd Mailer endureció los rasgos faciales.

—No hagas que pierda la paciencia, Chester.

—Oye, Lloyd...

—¡Habla ya, Chester!

La voz del oficial de policía sonó como un trallazo que resultó desagradable para Calvin. Inmediatamente comenzó a sentir cierta animadversión hacia Mailer.

En cuanto al granjero, Chester Clayton tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

El doctor Kemble pidió persuasivo:

—Estoy seguro que al señor Birchard le interesa mucho tu relato, Chester.

Después de un breve silencio empezó a decir lentamente el granjero:

—Bueno... yo venía esta mañana hacia el pueblo cuando observé desde el pescante de mi carro que había un bulto casi oculto entre unos matorrales. Al aproximarme vi que de la maleza sobresalía la pierna de un hombre. Quedé unos segundos paralizado y dudé entre azuzar a mi caballo o descender del carro. Luego, a pesar del miedo que me dominaba, pensé que mi deber era socorrer a aquella persona si es que podía necesitar mi ayuda. Conque bajé del pescante y me llegué hasta los matorrales que cubrían el cuerpo. Al apartar las matas...

Chester Clayton se calló bruscamente.

Su rostro se hallaba desencajado, lívido...

—Sigue, Chester.

—¡Va sabes lo que vi, Lloyd! —Gritó con los ojos agrandados el granjero —. ¡Aquello era un horroroso amasijo de carne más que un cuerpo humano!

Calvin frunció el ceño sorprendido.

—No te pongas nervioso otra vez, Chester —aconsejó hablando parsimonioso el oficial Mailer—. ¿En qué lugar encontraste ese cuerpo humano horriblemente mutilado?

—Ya te lo dije, Lloyd.

—Repítelo para que pueda escucharlo el señor Birchard.

El granjero vaciló mirando a Calvin.

—Fue... en el páramo de los Muertos.

Lloyd Mailer sonrió irónico.

—Di mejor que lo encontraste en los límites del páramo, Chester. Tú jamás te atreverías a penetrar en él.

Hizo una pausa voluntaria el policía y sin borrar la fría sonrisa del rostro se giró a Calvin.

—En cambio a usted le sobra valor para hacerlo, ¿eh, señor Birchard?

El joven atirantó los músculos faciales y soportó sin pestañear la dura mirada del policía. Finalmente, crispados los puños y centelleantes las pupilas, pidió:

—Hable claro, Mailer.

—Está bien —suspiró Mailer cambiando súbitamente de actitud al tiempo que levantaba los brazos—. Un muchacho de Lookville ha sido encontrado muerto en los límites de ese maldito páramo. Su asesino se ensañó de forma bestial en el cadáver hasta el punto de convertirlo en un amasijo de carne, como ha dicho Chester.

Calvin tenía cerúleo el semblante.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso, oficial?

Mailer encogió los hombros».

—Pensé que pudo haber visto algo raro anoche en el páramo. Después de examinar los restos de ese muchacho, el doctor Kemble asegura que su muerte tuvo que producirse anoche entre las nueve y las once. Henry Kemble corroboró la información del policía: —En el intervalo de esas dos horas tuvieron que asesinar a Martin Logan, Calvin.

—Y según usted mismo ha reconocido estuvo anoche en el páramo, señor Birchard.

Pero Calvin ya no escuchaba lo que decía el policía. Se había quedado de muestra al escuchar el nombre de Martin Logan.

El muchacho que por las explicaciones de Jane y su abuela... ¡Había sido muerto un año antes!

CAPITULO VII

El rostro de Calvin se hallaba cubierto por una intensa palidez. El ojo izquierdo parpadeó en irreprimible tic nervioso y un sudor helado inundó todo su cuerpo.

Arrugado el ceño lo miró Kemble.

—¿Qué le ocurre, Calvin?

El joven se pasó el dorso de la mano por la frente.

—No lo sé... —murmuró en desesperado intento de que los otros no advirtieran su excitación interior—. He pasado muy mala noche y me encuentro algo mareado.

Lloyd Mailer posó una inquisitiva mirada en él.

—¿Está seguro de que es eso?

Calvin se encaró al oficial de policía cada vez más dueño de sí mismo. Apretando los maxilares, masculló:

—¿Qué quiere insinuar, Mailer?

—Opino que usted ha visto algo importante y se niega a decirlo, Birchard —respondió sin rodeos el policía—. Ocultar pruebas a la ley, constituye un delito grave.

—Oiga, Mailer...

—Tengo la impresión de que quiere proteger a su amiguita Jane Crowe. Birchard —lo cortó haciendo un ademán Mailer—. Pero se equivoca si supone que lo conseguirá.

Calvin crispó los puños y el doctor Kemble se interpuso entre ambos, recriminando duramente al oficial de policía:

—Tu comportamiento es detestable, Lloyd.

El otro replicó áspero:

—Tengo un caso de asesinato entre las manos, doctor.

—¿Y qué? Calvin ha sido bastante claro al decir que no observó nada extraordinario anoche en el páramo. Te consta que se trata de una zona demasiado amplia y el salvaje crimen pudo ocurrir a varias millas del lugar donde estuvo él.

Lloyd Mailer se masajeó el mentón pensativo y acabó dando una lenta cabezada afirmativa.

—Puede que tenga razón, doctor.

—En todo caso te ruego que vuelvas en otro momento si es que lo necesitas. Es evidente que el crudo relato de Chester ha afectado sensiblemente a mi amigo.

El oficial de policía dirigió una breve ojeada a Calvin y a continuación giró sobre los talones haciendo un ademán al granjero.

—Vámonos, Chester.

Ya alcanzaban la salida del salón sin que Kemble se molestara en acompañarlos, cuando se detuvo Mailer y lanzó una nueva mirada a Calvin.

—¿Puedo confiar en que vendrá a verme si llega a recordar algo, Birchard?

El joven asintió en silencio.

Lloyd Mailer abandonó definitivamente el salón seguido del granjero Chester Clayton.

Al quedar solos sacudió la cabeza el doctor Kemble.

—Le aconsejé que no regresara al páramo de los Muertos, Calvin. Usted se ha empeñado en buscar complicaciones.

El joven dio unos pasos por la estancia y eludió intencionadamente el tema que pretendía plantear Kemble.

—Tengo que darle las gracias por salvarme de las garras del policía, doctor.

El médico entornó los párpados.

—No quiere seguir hablando del páramo, ¿eh?

—Perdone, doctor —pidió en tono grave Calvin—. En estos momentos sólo deseo subir a mi habitación y descansar.

Hizo un amago de encaminarse a la escalera, pero lo contuvo el doctor Kemble.

—Calvin...

—Diga, doctor.

—Recuerdo lo que hablamos el primer día, pero... —Kemble titubeó antes de seguir—. ¿No cree que debería abandonar Lookville?

Calvin arqueó las cejas.

—¿Me está echando de su casa, doctor?

—Veo que no me entiende, Calvin —chasqueó la lengua Kemble—. Tengo una responsabilidad frente a su tío y...

El joven lo cortó, mordaz.

—¿Supone que empiezo a caer de nuevo en la demencia, Kemble?

—Le confieso sinceramente que me preocupa su obsesión por el páramo de los Muertos, Calvin.

Con el pensamiento puesto en la hermosa y misteriosa Jane Crowe, respondió Calvin:

—Deje de preocuparse por mí, doctor. Además... ahora me sería imposible abandonar Lookville.

* * *

La señora Griffitt, una cincuentona de cabellos blancos y rostro bondadoso, depositó la bandeja con comida sobre una pequeña mesa y se dispuso a salir de la habitación tan sigilosamente como había entrado en ella.

Calvin se hallaba abstraído junto a la ventana, pero de pronto se giró llamándola:

—Señora Griffitt.

La mujer no pudo evitar un sobresalto y se quedó inmóvil mirándolo con cierto desasosiego.

—Diga, señor Birchard.
—Me gustaría hablar unos minutos con usted.
—Tengo mucho trabajo...
—¿Puedo llamarla Edna?
—Desde luego, señor Birchard.
Calvin dio unos pasos hacia ella y observó sorprendido que la mujer retrocedía instintivamente. Descubrió un extraño miedo en sus pupilas que lo hizo vacilar. Luego procuró disipar los temores de la criada sonriendo abiertamente.
—Usted no tiene miedo de mí, ¿verdad, Edna?
—No, señor Birchard.
Pero en la misma rapidez con que contestó la criada vislumbró el joven que la mujer mentía.
—No tiene motivos para temer de mí, Edna —siguió diciendo persuasivo Calvin—. Prometo no causarle ningún daño.
Edna Griffin pareció serenarse un poco a causa de las palabras suaves de él y musitó:
—Debería comer algo, señor Birchard.
—No tengo apetito, Edna.
—Lleva todo el día sin probar bocado y eso no es bueno. Está oscureciendo...
Calvin la atajó haciendo un ademán.
—¿Está en la casa el doctor, Edna?
Ella movió la cabeza en sentido negativo. El joven continuó preguntando a la criada:
—¿Dónde se encuentra, Edna?
—¿El doctor Kemble?
—Eso es.
—Le... avisaron para atender un parto, señor Birchard. Tardará en regresar.
Súbitamente, cogiéndola por sorpresa, inquirió el joven:
—¿Qué se dice de mí en el pueblo, Edna?
La mujer respingó sobrecogida y durante largos segundos permaneció silenciosa. Tuvo necesidad de animarla sonriendo Calvin:
—Vamos, Edna, puede decírmelo con toda libertad.
Evidentemente impresionada, dijo la señora Griffitt:
—Todos dicen que usted... tiene un pacto con los espíritus del páramo de los Muertos, señor Birchard.
—¿Y cuál es su opinión? —Siguió indagando el joven—. ¿De verdad puede dar crédito a la absurda leyenda de esa aldea condenada a vivir en las tinieblas?
Edna Griffitt lo miró muy abiertos los ojos.
—Esa leyenda es cierta, señor Birchard.
—Vamos, Edna.
—Yo era una niña la primera vez que escuché hablar de la aldea maldita.

Mi padre vino a casa un día y contó a mi madre que se había cometido un horrendo crimen en el páramo. Habló de una muchacha llamada Jane Crowe y de su abuela. Desde entonces han sido muchas las personas que aseguran haber escuchado sobrecogedores lamentos durante las noches.

—Oiga, Edna... Se hace muy difícil de creer algo así. Yo esperaba de usted otras palabras. La he considerado una persona centrada desde la primera vez que la vi.

—Tengo que irme, señor Birchard.

—Espere, Edna.

Calvin observó una mirada suplicante en las pupilas temerosas de la mujer. Tenía el semblante lívido.

—Por favor, señor Birchard...

—¿Qué teme realmente de mí, Edna?

—Le ruego...

—Está bien —accedió el joven emitiendo un gruñido—. Ya seguiremos hablando en otra ocasión.

La criada dio media vuelta y abandonó apresuradamente la estancia. No cabía la menor duda de que Calvin le inspiraba un temor inexplicable, pero tangible.

Al quedar solo encendió el joven un cigarrillo y aspirando una bocanada de humo se aproximó a la ventana con aire ausente. Contempló a través de los cristales que la noche había caído por completo y el exterior estaba envuelto en densas sombras.

Una oscuridad total.

Aunque su cabeza seguía siendo un caos infernal, un terrible rompecabezas donde resultaba imposible encontrar un resquicio de luz, tenía la completa seguridad de que su mente funcionaba con toda normalidad, lúcidamente.

Al abandonar la clínica los doctores le aseguraron que se hallaba completamente curado.

Si daba como perfecto su estado mental...

¿Significaba eso que realmente Jane Crowe formaba parte integral de la absurda leyenda? ¿Se podía admitir que una aldea hubiese sido condenada a vivir eternamente en las tinieblas?

En aquellos momentos, a solas en su habitación, lejos de la influencia de las dos mujeres del páramo y de la opinión de los habitantes del pueblo, le resultaba imposible dar crédito a todo aquello.

Sin embargo...

La última escena vivida junto a Jane Crowe había sido tan espeluznante y de auténtica pesadilla...

De otra parte estaba la muerte de Martin Logan.

Jane había hecho la siniestra confesión de haber acabado con su vida, ofreciendo el cuerpo inerte a los espíritus del mal. Y el granjero Chester Clayton encontró el cadáver destrozado de Logan junto al páramo donde habitaban la muchacha y su abuela.

Sólo que... ¡un año después!

¿Cómo era posible aquello? ¿Es que acaso el tiempo no transcurría para las dos mujeres?

Calvin ya no sabía qué pensar. Comenzaba a dudar hasta de sus propios razonamientos. Sus convicciones respecto a lo que podía o no podía existir se desmoronaban por momentos.

La punta del cigarrillo le quemó los dedos y se giró con intención de tirarlo al cenicero.

Pero de pronto respingó poniéndose rígido y abrió desmesuradamente los ojos.

Desde las sombras del exterior, pegados a los cristales de la ventana, lo contemplaban unos ojos inusitadamente brillantes, encarnados, repugnantes...

Como el rostro horriblemente arrugado donde estaban.

CAPITULO VIII

Durante unos segundos que parecieron siglos permaneció el joven paralizado por el terror. Sus músculos se negaron a obedecer cualquier orden emitida por el cerebro.

Y de repente reaccionó.

Con una violencia que arrancaba del propio horror que lo mantuvo inmóvil.

Aferró con ambas manos una silla y levantándola por encima de la cabeza la arrojó con fuerza contra la ventana haciendo saltar los cristales en mil fragmentos. Las débiles maderas que servían de soporte también se convirtieron en astillas a causa del tremendo impacto.

El horrendo semblante desapareció.

Y una risa cascada, burlona, rasgó el aire nocturno penetrando en los oídos de Calvin siniestramente. Con el eco de aquella risa metida en la mente corrió a la ventana y se asomó al exterior.

No pudo descubrir ni el menor rastro de la vieja Jane. Todo se hallaba envuelto en impenetrables sombras. Aquel horrible espectro había desaparecido.

Comprobó absorto que desde la ventana a la calle había unos cinco metros de altura. Y en la fachada ningún saliente por el que poder subir o bajar.

¡Y la vieja Jane había estado al otro lado de los cristales!

Súbitamente tomó una decisión y echó a correr alocadamente hacia el piso inferior de la vivienda. No encontró a nadie en su camino y abrió la puerta de la calle saliendo al exterior.

La oscuridad era total.

Sin pensarlo dos veces se dirigió corriendo al páramo de los Muertos, a pesar de la distancia que lo separaba de aquel lugar. No quiso perder ni un segundo.

Poco después abandonó el pueblo y siguió corriendo jadeando entrecortadamente a través del abrupto terreno. En dos ocasiones cayó de rodillas y volvió a levantarse resollando.

Se hallaba poseído por una torturante obsesión.

Tenía que llegar junto a Jane y suplicarle la verdad. Ya no le importaba que la verdad fuese increíble. Estaba dispuesto a creer sin titubeos lo que la chica dijese.

Y si la maldición era- cierta...

Sus pies se enredaron en un matorral y cayó por tercera vez mientras de su garganta se escapaba un ahogado gemido. Con las manos apoyadas en la tierra resolló sintiendo una dolorosa punzada en los pulmones. Como un demente intentó levantarse.

No pudo hacerlo.

El viento silbaba sobre su cabeza procedente del páramo.

Y súbitamente se estremeció Calvin porque junto a sus manos apoyadas en el suelo estaba viendo unos pies.

* * *

—¿Adónde supone que llegará en ese estado, Birchard?

Calvin se incorporó lentamente y quedó enfrentado a la persona que le había hablado con sorna. A pesar de la oscuridad reinante vislumbró que se trataba del oficial Lloyd Mailer.

Permaneció silencioso unos instantes e insistió el policía:

—Acabo de hacerle una pregunta, Birchard.

El joven hizo un brusco ademán.

—Déjeme pasar, Mailer.

—¿Acaso se dirige al páramo de los Muertos?

—Eso es asunto mío.

—Y mío también, Birchard —replicó duro el oficial de policía—. No olvide que se ha cometido un crimen en estos parajes.

—Eso ocurrió hace un año.

Lloyd Mailer arrugó el ceño sorprendido.

—¿Cómo ha dicho?

Pero en lugar de responder, exigió Calvin:

—Hágase a un lado, Mailer.

—Antes tiene que aclararme sus palabras, Birchard.

El joven apretó los puños.

—No me deja otra alternativa que apartarlo por mis propios medios, policía.

Mailer dejó escapar una risita sardónica.

—De veras que me gustaría ese intento, Birchard. De esa forma podría meterle un balazo en el cuerpo sin remordimientos de conciencia. Ahora no está bajo la protección del doctor Kemble y si tengo que decirle la verdad, usted no me gusta nada.

Inesperadamente embistió Calvin.

Pillando por sorpresa a Mailer logró conectar un derechazo que hizo vacilar al oficial de policía estando a punto de arrojarlo al suelo perdido el equilibrio.

Pero consiguió conservar la vertical y llevó la diestra a la cintura.

Sin embargo, no le concedió cuartel Calvin y de un salto se situó a su lado comenzando a golpearlo salvajemente con ambos puños. Se había convertido en un torbellino imparable.

Mailer nada pudo hacer para defenderse.

Acabó clavando una rodilla en tierra completamente aturdido y un último gancho de Calvin lo arrojó de espaldas perdido el conocimiento de todo cuanto lo rodeaba.

La brutal pelea apenas si había durado quince segundos.

Calvin se incorporó jadeando y el viento del páramo le azotó la sudorosa frente. Esperó a recuperar el ritmo habitual de su respiración y otra vez echó correr.

Se hallaba agotado.

No obstante deseaba llegar lo antes posible junto a Jane.

La distancia se hacía insuperable y Calvin llegó a pensar que jamás lograría llegar a la cabaña del risco. Sacaba fuerzas de flaqueza para seguir moviendo las piernas.

Cada vez con mayor lentitud.

Finalmente vislumbró la blanca roca donde viera por primera vez a Jane y haciendo un último esfuerzo llegó hasta ella echándose de bruces sobre la plana superficie.

El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho.

No pudo precisar el tiempo que permaneció allí.

Sólo supo que se encontraba nuevamente en pie y seguía corriendo internándose en el páramo de los Muertos. La frente le ardía y los latidos de sus sienes eran tremendos.

Pero nada le importaba.

En su enfebrecida mente sólo existía Jane Crowe y la espeluznante maldición a la que ella estaba ligada. Una maldición que él intentaría romper por todos los medios a su alcance.

¿Podía un ser humano enfrentarse a los espíritus malignos?

Se dio perfecta cuenta de que estaba admitiendo la veracidad de aquella monstruosa leyenda que corría de boca en boca por Lookville. Y no le importó en absoluto.

Tampoco la importó volverse loco.

Posiblemente ya lo estaba.

Otra vez tropezó y rodó por el suelo quedando boca arriba. Con los brazos en cruz se sintió incapaz de levantarse. No obstante comprendió que debía hacerlo.

Jane lo esperaba.

Súbitamente reparó que había tropezado en algo blando y poniéndose de rodillas gateó en dirección al bulto cuya sombra más densa se destacaba en un claro desprovisto de vegetación.

Llegó junto a él y alargó las manos palpando en la oscuridad. Al tocarlo sintió que sus dedos se llenaban de un líquido viscoso, caliente... Parecía el cuerpo de un animal...

De repente comprendió que no se trataba de un animal.

Era un cuerpo humano.

Temblando de terror se inclinó más sobre aquel bulto y en la penumbra vislumbró un rostro con los ojos desmesuradamente abiertos, salidos de las cuencas. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando reconoció al granjero Chester Clayton.

Su pecho estaba convertido en un amasijo sanguinolento.

No pudo seguir soportando aquella tensión.

Sujetándose las sienes con ambas manos dejó escapar un alarido infrahumano.

CAPITULO IX

Tambaleándose llegó a la explanada delantera de la cabaña.

Dio unos pasos vacilantes en dirección a la puerta y antes de que la alcanzara lo contuvo la voz tensa de Jane:

—No sigas avanzando, Calvin. .

El joven se inmovilizó y preguntó la muchacha:

—¿Por qué has vuelto?

Calvin tardó unos instantes en contestar.

—Tengo que hablar contigo. Jane.

—Huirás aterrado igual que anoche. No quiero que vuelvas a verme en la oscuridad.

—Estoy dispuesto a soportarlo todo por ti, Jane.

En la entonación de Calvin vibraba una firmeza fuera de lo común. Parecía dispuesto a luchar contra todos los obstáculos con tal de tenerla otra vez entre sus brazos.

Hubo un profundo silencio.

Lo rompió Calvin, diciendo:

—He venido a sacarte de aquí, Jane.

—No puedo irme contigo, Calvin. Sabes que...

—La maldición se romperá cuando abandonemos este siniestro lugar, Jane. No podrán detenerme, querida. Estoy dispuesto a sacarte del páramo de los Muertos y a casarme contigo. Te quiero demasiado para dejarte abandonada...

—¡No hables así, Calvin!

Tras el largo silencio que se produjo después del alarido de Jane, habló ésta más calmada:

—La maldición existe y nada podemos contra ella, Calvin —dijo con desaliento—. Siempre lo he sabido. Por mis ojos..., por los susurros del páramo..., por nuestras ofrendas a los espíritus que éstos tiran y aplastan contra el polvo... No puedo casarme contigo, Calvin. Ellos... no me dejarían.

Prietos los maxilares insistió el joven:

—No me marcharé sin ti, Jane.

—Tienes que hacerlo, querido. Yo... también te quiero, pero debes olvidarme y marcharte lejos de aquí. —Nunca lo haré, Jane.

—Han ocurrido cosas horribles, Calvin.

La mente del joven revivió el horripilante aspecto que presentaba el granjero Chester Clayton y sacudió la cabeza en sentido afirmativo, musitando apagadamente:

—Lo sé, Jane.

—¿Lo sabes? —En la entonación de la muchacha había sorpresa—. No puedes saberlo, Calvin.

—He podido verlo con mis propios...

—Mi abuela ha muerto al fin, Calvin.

El joven boqueó perplejo, lleno de asombro. De todo cuanto pudiera decir la chica, aquello era lo que menos esperaba escuchar. Durante largos segundos estuvo silencioso.

Jane dijo queda:

—Vete, Calvin.

El negó moviendo la cabeza.

—No, Jane. Voy a entrar en la cabaña.

Acto seguido se puso en movimiento hacia la puerta. Lo hizo caminando despacio, pero sin detenerse ni titubear ni una sola vez. Escuchó los pasos precipitados de la muchacha alejándose de la entrada.

Observó que dentro de la vivienda había una vela encendida y adivinando la intención de ella, ordenó:

—Deja la vela encendida, Jane.

—Calvin...

—Déjala encendida, por favor.

Al aproximarse a la entrada sintió Calvin un fétido olor a podredumbre y descomposición que impregnaba el aire procedente del interior de aquella vieja cabaña. Llegó ante la puerta y experimentó cierta renuncia a entrar, a ir con su cuerpo vivo, con la sangre latiendo tumultuosa por sus venas, hacia un lugar donde imperaba la muerte.

Pensando sólo en Jane penetró en el interior.

Se encontró con que la cabaña constaba de una sola pieza y en el centro de ella ardía la débil luz de una vela.

Jane se había refugiado en un lugar lejos de la amarillenta luz, protegida por las tinieblas. Desde allí observaba con sus ojos brillantes todos los movimientos del joven.

Con voz angustiada, suplicó:

—No te acerques a mí, Calvin.

—Jane...

—Por favor... No me tortures más. Si es verdad que me quieres no vengas a mi lado.

—Me enamoré de ti el primer día que te vi, Jane —confesó Calvin ronca la voz—. Quizá me esté volviendo loco. Puede que... ya lo esté. Pero no quiero separarme nunca de ti. No me importa la demencia si puedo compartirla contigo.

—No sabes lo que dices, Calvin.

De nuevo aquel fétido olor se metió por las fosas nasales del joven y tuvo que hacer un titánico esfuerzo por dominarse. Deseaba seguir allí a pesar de todo.

Se disponía a avanzar hacia el oscuro rincón donde se hallaba la muchacha cuando descubrió a la luz de la vela que el suelo terrizo de la cabaña estaba revuelto.

Por la longitud comprendió que se trataba de una sepultura reciente.

De allí salía el fétido olor a podredumbre, a descomposición, a... muerte. Y

eso a pesar de que toda la sepultura se hallaba cubierta de verdes mirtos.

Jane dio la impresión de leer en su mente.

—Ahí está enterrada mi abuela, Calvin. Enterrada de norte a sur y cubierta su tumba de mirtos frescos. Es para burlar a la maldición y poder morir definitivamente.

Alelado, inquirió Calvin:

—¿Cuándo ha muerto tu abuela, Jane?

—Fue anoche. Después de tu partida.

El joven se estremeció de terror. Si Jane estaba diciendo la verdad..., ¿a quién había visto él en la ventana de su habitación?

Lentamente sacudió la cabeza de un lado a otro

—Eso no es posible, Jane.

—¿El qué, Calvin?

—Tu abuela no pudo morir anoche. Yo...

El joven estuvo a punto de confesar que él la había visto aquella misma noche, pero lo pensó mejor y prefirió ocultarlo a la chica. ¿Qué importaba un enigma más?

Jane comenzó a informarlo con voz temblorosa:

—A mí me faltó valor para imitarla, Calvin. Si buscas por el suelo encontrarás un cuchillo que ella misma se clavó en el vientre. Fue... fue horroroso. Mi abuela me animó a que siguiera su ejemplo, pero yo no quise morir sin volver a verte.

La sencillez con que Jane explicaba un hecho tan monstruoso como aquél, resultaba estremecedor para Calvin. Sin proponérselo, sus ojos chocaron con el ensangrentado cuchillo que se hallaba a un lado de los mirtos que cubrían la sepultura.

Lívido el semblante, pidió:

—Ven junto a mí, Jane.

En la penumbra del fondo de la cabaña pudo advertir que todo el cuerpo femenino se estremecía.

—No...

—Acabas de decir que no deseabas morir sin volver a verme, Jane. Aparte de la muerte de tu abuela han sucedido otros hechos lo bastante graves como para que nos demos prisa en abandonar el páramo. Si no lo hacemos ahora jamás nos permitirán salir.

—¿A qué te refieres, Calvin?

—Han muerto dos personas de Lookville, Jane. Sus cadáveres han sido salvajemente mutilados y la gente del pueblo no tiene dudas respecto a los culpables.

Ella guardó un breve silencio antes de inquirir:

—¿Me culpan a mí?

—A ti y a tu abuela. Pero puesto que nada pueden ya contra tu abuela, todas las iras recaerán sobre tu persona. Uno de esos dos hombres muertos es un granjero llamado Chester Clayton. Un sujeto fornido, de rostro caballuno y

mirada huidiza.
—No tengo nada que ver con la muerte de ese hombre, Calvin —se apresuró a decir la chica—. Desde que murió aquel muchacho llamado Martin Logan...
—Logan fue asesinado hace tan sólo dos noches, Jane.
—¿Qué estás diciendo, Calvin? Hace un año que...
—Chester Clayton lo encontró ayer por la mañana. Jane. ¿Cuántos años llevas en el páramo?
La chica fue cogida por sorpresa.
—No... no lo sé, Calvin.
—Está bien —encogió los hombros el joven—. Es posible que un año de tu vida sea el equivalente a un día de... las personas que se encuentran al otro lado de la maldición.
Sonriendo sardónico, añadió:
—Puedes darte cuenta que admito la existencia de los espíritus del mal y de esa aldea condenada a vivir eternamente en las tinieblas. Ya nada me parece asombroso ni me produce terror, aunque debo confesarte que ignoro el tiempo que aguantarán mis nervios.
—Te aseguro que la maldición existe, Calvin.
El joven compuso una mueca.
—En estos momentos me tiene sin cuidado. Jane. Lo único importante es que salgamos del páramo antes de que acuda Lloyd Mailer y un grupo de voluntarios.
Hubo un corto silencio y se resistió ella:
—No quiero que vuelvas a verme en la oscuridad, Calvin.
—Vamos, Jane...
—No deseo ver la repugnancia plasmada en tu semblante, querido. Mi aspecto sigue siendo el mismo.
—Será diferente. Jane. Ahora...
—No, Calvin —lo cortó con firmeza ella—. Haremos las cosas a mi manera o juro...
—Domina tus nervios, Jane.
—Escucha con atención, Calvin —empezó a decir la chica—. Faltan unas horas para el amanecer. Quiero que vayas a la piedra donde nos encontramos la primera vez y me aguardes allí. Prometo que me reuniré contigo en cuanto salga el sol. Entonces podremos huir juntos del páramo y sea lo que Dios quiera.
—No hay tiempo, Jane —se impacientó Calvin—. ¿No comprendes que Mailer se nos echará encima?
—En ese caso prefiero enfrentarme a él, Calvin.
—Pero eso es absurdo, querida. En el supuesto que logremos escapar durante el día, mañana por la noche estaremos juntos. Si tu aspecto cambia en la oscuridad...
—Pueden ocurrir dos cosas, Calvin —siguió resuelta ella—. Si tu amor por

mí consigue romper el maleficio podríamos vivir felices lejos deteste lugar lleno de horribles susurros. Pero aun en el caso de que los espíritus me persigan adonde vaya... por lo menos esta-remos todo un día unidos. Unas horas pueden ser una eternidad si las vivimos intensamente, Calvin.

Y antes de qué el joven pudiera objetar algo en contra, suplicó:

—No me niegues la posibilidad de ser feliz a tu lado durante todo un día, Calvin.

El joven se masajeó el mentón.

—Supongamos que al llegar la noche...

—No lo menciones siquiera, querido. Si cuando caigan las sombras todo continúa igual... tendré que desaparecer de tu vida y regresar al páramo junto a los espíritus.

—Pero...

—Es la única condición que impongo para salir en tu compañía de este lugar, Calvin.

Después de meditar la proposición de Jane unos segundos, acabó dando una cabezada Calvin.

—De acuerdo en principio —dijo despacio—. Pero si no estás a mi lado cuando salga el sol...

—Prometo que estaré, Calvin. De una forma u otra... juro que estaré a tu lado cuando el sol se asome en el horizonte.

—Está bien —suspiró accediendo él—. Esperemos que Lloyd Mailer no se dé demasiada prisa.

Jane susurró:

—Vete ahora, Calvin.

Minutos después, descendía él del risco con el nauseabundo olor a podredumbre aún metido en su olfato. Todavía no podía explicarse cómo pudo estar tanto rato dentro de la cabaña.

Pensó intensamente en Jane.

¿Podría su amor romper el maleficio de la terrible maldición que pesaba sobre ella?

Lo deseaba ardientemente.

Sin advertirlo siquiera se encontró dando crédito a la absurda leyenda que circulaba por Lookville. Tenía la certeza de que existía una maldición en el páramo de los Muertos.

¿O se habría vuelto loco de nuevo?

Sus labios se curvaron en mueca que quiso ser sardónica sonrisa al pensar en los psiquiatras que habían certificado la total curación de su mente. Si pudiese hablar con ellos...

Llegó junto a la blanca roca agotado.

Aún faltaba casi una hora y media para el amanecer.

Sentía un fuerte escozor en los ojos, pero no tenía sueño a pesar de las horas que llevaba sin dormir.

Tomó asiento en la hierba que contorneaba la plana roca y apoyó la

espalda en la mole. Fue entonces, al relajarse, cuando los párpados comenzaron a pesarle como si fuesen de plomo.

Un suave sopor se iba apoderando de él.

Pero de pronto respingó sobresaltado.

En su sien derecha se había apoyado el frío cañón de un revólver y una voz decía mordaz:

—No pensaste que podrías escapar, ¿eh, Birchard?

CAPITULO X

Viendo el rostro del oficial Lloyd Mailer ferozmente contraído a escasos centímetros del suyo, suspiró Calvin.

—Me encuentro agotado, Mailer.

—¡Qué pena! —exclamó el otro—. Porque aún tienes que hacer una larga caminata.

Calvin apretó, los labios resueltamente.

—No pienso moverme de aquí, Mailer.

—Eso lo vamos a ver, niño de ciudad —hizo una pequeña pausa y agregó hiriente—: Aunque la verdad es que me importa un rábano que lo hagas. Lo mismo me da liquidarte aquí que en otra parte.

—No puedes matarme sólo por haberte golpeado, Mailer.

—Eso tiene mucho que discutir. De todas formas si disparo contra ti será por haber acabado como un animal salvaje con Chester. He visto su cadáver hace un rato y no puedes implorar perdón, Birchard. No tienes derecho a él.

Calvin se revolvió sorprendido y después de un corto silencio boqueó perplejo:

—¿Crees que yo he matado a Chester Clayton?

El policía encogió los anchos hombros indiferente.

—¿Qué más da? De todas formas eres cómplice de esas dos mujeres que viven en el páramo.

—¡Ellas tampoco lo han hecho!

Mailer arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque...

Calvin guardó súbitamente silencio al darse cuenta de que iba a hablar más de lo conveniente. Si seguía respondiendo a las preguntas del policía corría el peligro de que éste averiguase los planes que habían fraguado él y Jane.

Mailer ladeó la cabeza mirándolo fijamente.

—Sigue, Birchard.

—Ya he terminado, Mailer. Sólo diré que las dos mujeres nada tienen que ver con el asesinato de Chester Clayton. Puede que un animal salvaje ronde por estos contornos...

El policía lo atajó haciendo un brusco ademán.

—Para decir estupideces es mejor que te muerdas la lengua, Birchard. Los únicos animales que existen en el páramo de los Muertos son esas dos brujas o lo que sean. Hace tiempo que debimos acabar con ellas y enterrarlas a seis o siete metros de profundidad.

Hizo un corto silencio y agregó sin apartar los ojos de Calvin:

—Y también debimos eliminar a todos sus cómplices. Pero aún no es tarde para hacerlo.

Calvin clavó en el oficial una mirada inquisitiva.

—No acabo de entenderte, Mailer.

—Es bien sencillo, Birchard —sonrió siniestramente el otro—. Tú y yo vamos a ir en busca de esas dos mujeres y comprobaremos si es cierto lo de su inmortalidad después de meterles unos balazos en el cuerpo. Si resulta, que se mueren harás una zanja lo suficientemente grande y profunda para que quepan las dos. Luego...

Ansiosamente inquirió Calvin:...

—¿Qué, Mailer?

—Yo me encargaré de ti personalmente.

Calvin se pasó la punta de la lengua por los labios resecos.

—¿Y... si es cierta la leyenda y ellas son inmortales?

—Vamos, Birchard —se burló el oficial de policía—. Tú no puedes dar crédito a un asunto tan fantástico.

Eso está bien para la gente del pueblo, pero una persona con tus estudios...

—Tengo pruebas irrefutables, Mailer.

—¿De qué?

—Jane Crowe y su abuela están maldecidas por los espíritus malignos.

—Ahora me cuentas una de indios, Birchard.

Calvin estaba tratando de ganar tiempo y aparentemente excitado masculló:

—¡Te estoy diciendo la verdad!

Mailer amartilló el revólver y volvió a apoyarlo en la sien derecha de Calvin.

—Sigue hablando así y te ganas el pildorazo. Aunque luego me las tenga que ver solo con las dos brujas. Porque eso es lo que son esas dos fulanas, muchacho. Sencillamente dos brujas que tienen atemorizadas a todas las personas de Lookville. Las almas en pena no existen, pero la brujería es un hecho probado.

Calvin levantó una mirada de preocupación hacia el policía.

—¿Estás seguro de eso, Mailer?

—¿De qué?

—De que Jane y su abuela son dos brujas.

—Pronto lo vamos a saber. Si son almas en pena los plomos pasarán a través de sus cuerpos sin causarles el menor daño. Pero en el caso de que sean dos asquerosas brujas del siglo veinte...

Calvin quedó unos instantes abstraído.

Lloyd Mailer podía estar en lo cierto al decir que Jane y su abuela eran dos brujas. Pero en ese caso... ¿cómo se explicaba que la muchacha se mantuviera tan lozana y hermosa durante el día después de tantos años? La propia señora Griffitt aseguró que cuando ella era niña ya se cometió un crimen en el páramo de los Muertos.

¿Y la muerte de la vieja?

¿Y el repugnante rostro de Jane en la oscuridad?

¿Y la variación de fechas en el asesinato de Martin Logan?

Por otra parte tenía la certeza absoluta de que Jane no le había mentido en ningún instante. Sus palabras rezumaban una sinceridad ilimitada, sin resquicio para la duda.

Decidió impedir por todos los medios a su alcance que Lloyd Mailer pudiera llevar a cabo sus planes. No consentiría que apretara el gatillo de su revólver apuntando a Jane.

De repente se sintió sacudido por el hombro.

—¿Qué diablos piensas, Birchard?

Calvin fue arrancado bruscamente de su abstracción y sin pensarlo ni un instante aferró la pierna del policía y tiró de ella con todas sus fuerzas.

Por segunda vez logró sorprenderlo.

Entre los dos hombres se inició una lucha sin concesiones.

Llena de odio salvaje.

* * *

La señora Griffitt chilló asustada al sentirse zarandeada cuando dormía apaciblemente después de mucho rato sin poder conciliar el sueño a causa de su conversación con el extraño Calvin Birchard.

Con los ojos desmesuradamente abiertos vio que el doctor Kemble se inclinaba sobre ella y preguntaba áspero:

—¿Dónde está Birchard, Edna?

—No... no lo sé, doctor.

—¿Cómo que no lo sabes?

Algo más serena, explicó la criada:

—Escuché un fuerte ruido en su habitación y luego abandonó la casa a toda prisa. No... tuve valor para subir a comprobar lo que había ocurrido arriba y...

—Birchard ha destrozado la ventana —informó Kemble—. ¿No sabes hacia dónde se dirigió cuando abandonó la casa, Edna?

—No, doctor.

Pensando en la mujer que tanto había tardado en dar a luz, imprecó una maldición Henry Kemble.

—Condenada Katty Howard...

Llena de ingenuidad, preguntó Edna Griffitt:

—¿Todo ha ido bien, doctor?

Pero Kemble ya abandonaba la habitación de su criada sin prestarle la menor atención.

Apresuradamente se encaminó a las caballerizas y con rápidos movimientos ensilló a un nervioso alazán.

Poco después salía al galope del pueblo.

Cabalgó a toda velocidad en dirección al páramo de los Muertos. En su mente sólo había lugar para Calvin Birchard.

CAPITULO XI

Calvin se cogió con desesperación a la mano armada de Mailer y se debatió fieramente apartando el cañón del revólver de su cuerpo. El policía levantó la rodilla intentando clavarla en el bajo vientre del joven y pudo eludirla éste haciendo un escorzo.

Ambos rodaron por el suelo.

Lloyd Mailer imprecaba resollando.

Al fin consiguió Calvin que la mano armada del oficial contactara violentamente contra una piedra y el revólver se desprendió de entre sus dedos yendo a un par de metros.

Pero a cambio de su efímero éxito recibió Calvin un mazazo en el costado que le cortó la respiración momentáneamente. Sintió que la vista se le nublaba.

Mailer aulló de alegría dispuesto a rematarlo.

Sin embargo, Calvin rodó sobre sí mismo alejándose un trecho del lugar donde fue a caer el policía con intención de aplastarlo bajo su descomunal peso.

Al fallar su propósito, masculló Mailer:

—¡No huyas, cobarde!

Calvin no le prestó atención y saltó en pie dispuesto a repeler el siguiente ataque de su enemigo.

Su único propósito era impedir que el policía llevase a cabo sus proyectos de acabar con Jane Crowe. Era una canallada que no iba a permitir aunque le costase la vida.

Todos los razonamientos lógicos que se había hecho con anterioridad se estrellaban contra la fuerza irresistible de su obsesión. La muchacha podría ser un fantasma, una bruja, un alma en pena... Pero él la quería y en su mente no cabía otro pensamiento que huir de aquel siniestro páramo con ella.

Era un extraño sentimiento que anulaba todos sus sentidos.

Como una morbosidad que no podía evitar.

Y Lloyd Mailer se interponía.

Por eso luchaba denodadamente por quitarlo de su camino. Nada le importaba, ni incluso llegar a causarle la muerte, con tal de apartarlo y poder llevar a cabo los planes concebidos.

El policía pareció percatarse de ello y atacó con inusitada fiereza.

Se lanzó como un torbellino hacia Calvin y logró abarcarle la pintura con sus brazos. Entonces comenzó a apretar con todas sus fuerzas y se escuchó un crujido de huesos a punto de romperse.

Calvin alargó la diestra sintiéndose medio asfixiado y engarfiando los dedos arañó los ojos de Mailer.

Este soltó un grito de dolor aflojando la presión.

Calvin no dejó pasar la oportunidad y metió el puño izquierdo en gancho al

hígado de su enemigo, que terminó soltando su presa retrocediendo unos pasos al tiempo que boqueaba aspirando aire con fruición.

Calvin no le concedió respiro y lo persiguió lanzando una lluvia de puñetazos sobre él. Pero como no era un luchador nato, la mayoría de sus golpes se perdían en el aire.

En cambio Mailer tenía experiencia.

Capeó el desenfrenado ataque del joven y esperó su oportunidad. Fue retrocediendo mientras se recuperaba y cuando vio hueco metió la derecha en contundente directo.

Calvin acusó el puñetazo.

Se tambaleó a punto de perder el equilibrio y Mailer pasó rápidamente a la ofensiva disparando ambos puños con la efectividad y precisión de un veterano.

Ni uno de sus golpes se perdió en el aire.

La resistencia de Calvin comenzó a resentirse a pesar de que el joven quiso sacar fuerzas de flaqueza. Pero enfrente tenía a un rival que sabía perfectamente los puntos vulnerables de un hombre.

Mailer no dejó de pegar hasta que Calvin cayó de rodillas ante él, turbia la mirada y desmadejados los brazos. Resollando entrecortadamente a causa del castigo recibido.

Y a pesar de que ya no representaba el menor peligro para él, le aplicó Mailer un terrible mazazo en la nuca arrojándolo de bruces contra el suelo.

Calvin gimió perdiendo el conocimiento.

Cuándo lo recuperó tuvieron que pasar largos segundos hasta que recordó lo que había ocurrido.

De pronto se sintió atrapado por la pechera de la camisa y la voz del policía dijo en tono amenazador:

—Ardo en deseos de meterte un balazo en la cabeza, gallito.

Moviendo los labios ensangrentados, pudo articular dificultosamente el joven:

—¿A que... esperas, Mailer?

—Te reservo algo mucho- mejor, hombre.

—Eres un asesino inmundo, Mailer.

La zurda del policía restalló en la mejilla de Calvin y éste no pudo evitar un gemido de dolor.

—Quieres hacerme perder los nervios, ¿eh, Birchard? —Rió heladamente Mailer—. Puedo golpearte hasta hartarme, pero no conseguirás que acabe contigo antes de tiempo. Primero tienes que presenciar un espectáculo extraordinario.

Calvin sabía a lo que se refería el sádico oficial.

No obstante, se encargó de aclarar cruelmente Mailer:

—Vas a tener el privilegio de contemplar cómo se liquida a dos brujas, Birchard. Los dos vamos a buscarlas por el páramo en cuanto acabe de amanecer. Dicen que esa clase de bichos son menos peligrosos durante el día,

¿no?

Calvin apretó los labios sin responder.

El policía se incorporó y movió el revólver significativamente.

—En pie, Birchard.

—Vas... a cometer un tremendo error, Mailer.

—Es posible —admitió el otro—. De todas formas lo discutiremos cuando ponga la vista encima a esas dos fulanas y apriete el gatillo de mi revólver. ¿A qué esperas para levantarte?

Calvin lo meditó unos instantes.

Finalmente decidió que era preferible acompañarlo.

* * *

—Quieto ahí, Birchard.

Calvin se inmovilizó frente a la puerta de la cabaña y mentalmente rogó a Dios que Jane no se encontrara dentro de ella. Tenía todos los nervios en tensión.

Por el brillo siniestro de sus enrojecidas pupilas y por la crispación de sus duras facciones, se daba perfecta cuenta de que Mailer estaba dispuesto a cumplir sus amenazas.

El silencio reinante era absoluto.

Hacía una media hora que el sol había iniciado su recorrido por el firmamento, aunque en aquellos momentos quedaba oculto por negros nubarrones que presagiaban tormenta.

O tal vez algo infinitamente peor.

Con el revólver empuñado, situado a espaldas de Calvin, gritó estentóreo Lloyd Mailer:

—¡Fuera de ahí, brujas!

Los segundos transcurrieron llenos de una gran tensión sin que nadie respondiera a la orden del policía. El silencio continuó siendo impresionante en tomo a ellos.

Mailer aguardó unos instantes y después movió el arma significativamente haciendo un ademán.

—Entra en la cabaña, Birchard.

Con la sola idea de que Jane pudiera estar temerosamente acurrucada en uno de los rincones de la vivienda, indefensa ante el sádico policía, se estremeció Calvin.

—Sería mejor irnos, Mailer.

—¡He dicho que entres, Birchard!

Calvin titubeó brevemente y a continuación echó a andar despacio hacia la cabaña de viejos y carcomidos troncos. La puerta cedió sin dificultad y el fétido olor a podredumbre azotó el olfato a los dos hombres.

Mailer se había colocado tras de Calvin.

El interior de la vivienda se inundó de la plomiza luz diurna y la única

estancia quedó en tinieblas. Calvin miró en todas direcciones buscando ansiosamente a Jane.

También Mailer escrutaba los rincones.

Pero ninguno de los dos pudo descubrir a nadie dentro de la cabaña y el oficial masculló malhumorado:

—Las pájaras han volado.

Calvin sacudió la cabeza negando.

—No, Mailer.

—¿Qué quieres decir?

—La vieja Jane está aquí.

Lloyd Mailer respingó sobresaltado.

—¿Dónde...?

Pero el joven ya estaba señalando la sepultura cubierta de mirtos frescos e informó:

—Se encuentra enterrada bajo esos mirtos. Al parecer ha conseguido morir utilizando extraños artilugios. Se ha burlado de la maldición de los espíritus.

Fruncido el ceño se lo quedó mirando Mailer.

—De modo que crees realmente en la maldición, ¿eh, Birchard?

—Sí, Mailer.

—Y en la inmortalidad de las dos mujeres.

Calvin dio una cabezada afirmativa.

—Creo que no pueden morir de una manera vulgar como cualquier ser humano, Mailer.

El policía torció el gesto en mueca burlona.

—Yo me encargaré de demostrarte lo contrario, Birchard —hizo una breve pausa y señaló la salida con el cañón del revólver—. Vamos afuera. Aquí huele a perros muertos.

Calvin abandonó la cabaña seguido del oficial.

Y tan pronto se encontró en el exterior respingó sorprendido.

A unos treinta metros de distancia, descendiendo por la escabrosa ladera en dirección al páramo, corría desesperadamente Jane. Con la oscura cabellera flotando en el aire, no se preocupaba en absoluto de ocultarse. Sólo de alejarse lo más posible de la cabaña.

Calvin quiso interponerse entre Mailer y la chica, pero ya era tarde.

El policía también la había descubierto.

En su semblante se dibujó una expresión de morbosa satisfacción y apartando a Calvin de un violento empujón, comentó sardónico:

—Sólo puedes hacer dos cosas, Birchard. Quedarte aquí para no ver cómo acabo con esa bruja o tratar de darme alcance para quitarme la pistola y salvarla a ella.

Acto seguido echó a correr en pos de Jane.

CAPITULO XII

Calvin titubeó un par de segundos.

Luego se lanzó en persecución de Mailer.

Este iba acortando la distancia que lo separaba de Jane y supo Calvin que no tardaría en darle alcance. En realidad ya podía disparar sobre ella de haberlo deseado.

En cambio él cada vez se alejaba más del policía.

Quizá debido a la misma debilidad que sentía, le resultaba imposible acelerar su carrera a la velocidad deseada. El comprobar que Mailer se le escapaba lo llenaba de desesperación.

Nada podría hacer por ayudar a Jane.

La chica continuaba corriendo enloquecida, pero sólo era cuestión de dos o tres minutos el que Mailer la alcanzara. Todavía se encontraba a media ladera y luego tendría por delante un trecho de llano descubierto, donde el oficial la alcanzaría con suma facilidad.

Pero Calvin se equivocó en sus cálculos.

Súbitamente se detuvo Mailer y levantando la pistola apuntó a la espalda de la chica, gritando:

—¡Detente o disparo!

Jane siguió corriendo.

Viendo que el policía amartillaba el revólver, chilló lleno de espanto Calvin:

—¡Nooo...!

Al escuchar el alarido del joven se detuvo Jane respirando entrecortadamente. Giró despacio la cabeza y su rostro, encendido, apareció más radiante y hermoso que nunca.

Hasta el propio Mailer quedó impresionado.

Se hallaba a unos cinco metros de ella.

Calvin estaba a mayor distancia del policía y vio que éste levantaba la zurda conteniéndolo con un brusco ademán.

—Párate ahí, Birchard.

El joven siguió unos pasos y advirtió frío Mailer:

—Continúa y le vuelo la cabeza a esa bruja, Birchard. De ti depende, muchacho.

Calvin se frenó jadeante v con los ojos desorbitados por el horror que lo dominaba se quedo mirando al policía. Tenía el convencimiento de que éste acabaría oprimiendo el gatillo.

Desvió la mirada a Jane y pudo darse cuenta que no había el menor miedo en su rostro.

Miraba fijamente a Mailer y hasta percibió Calvin una leve crispación burlona en sus labios. Una seguridad en sí misma que momentáneamente desconcertó al oficial.

Con entonación suplicante pidió Calvin:
—No dispares, Mailer. Puedo... hacerte muy rico, ¿sabes? Mi tío tiene millones y...
—No te canses, Birchard —lo cortó seco Mailer—. ¿La vida de Chester a cambio de un puñado de dólares? Pierdes el tiempo si crees que voy a escucharte.
—Puedo llegar a una cifra que jamás soñaste, Mailer —siguió vehemente el joven—! Cien... doscientos mil dólares...
El policía rió irónico.
—¿Y otros doscientos mil por la vida de Logan?
—Sí, Mailer.
—¿Llevas encima esa cantidad?
—No, pero...
—Olvídalo, Birchard —mascculló desdeñoso Mailer—. No pienso hacer tratos con un tipo como tú. Esta pájara es culpable y pagará por sus crímenes.
Calvin sudaba copiosamente, angustiado... En su garganta se formaba un nudo que lo estaba ahogando.
—Por Dios, Mailer...
—¡Cállate ya, Birchard! —Rugió colérico el policía—. Quiero que veas con tus propios ojos la inmortalidad de esta mujer. Cuando tenga varias balas metidas en el vientre se revolcará en el suelo y suplicará que aca.be de una vez con ella.
Calvin permaneció crispados los maxilares, lívido el semblante.
Y de pronto escuchó que Jane decía en un susurro a Mailer:
—No puedes nada contra mí. Los mismos espíritus del mal me protegerán de tu agresión. Ellos me condenaron a vivir eternamente y la maldición tiene que seguir.
Mailer ladeó la cabeza socarrón.
—No me digas.
—Puedes comprobarlo apretando el gatillo de tu pistola —invitó serenamente ella—. Pero asegúrate que el cañón no se vuelve contra ti en el instante de disparar.
La extraña serenidad que emanaba de Jane hizo arrasar el ceño al policía. Ya no estaba tan seguro de sí mismo y haciendo un gesto despectivo, emitió un gruñido.
—Eso son tonterías.
En los labios de Jane se dibujó una tenue sonrisa.
—Dispara.
Calvin era incapaz de moverse.
Todos sus músculos parecían agarrotados por una fuerza invisible que lo mantenía completamente inmóvil. Tenía la mente a punto de estallar en la demencia más absoluta.
¿Acaso no había estado loco siempre?
Como en una lejana pesadilla escuchó decir a Mailer:

—Tienes ganas de morir, ¿eh, muchacha?

—Sí. Pero dudo mucho que puedas conseguirlo.

—Eres muy hermosa para desear la muerte, nena. Aunque en el pueblo aseguran que durante la noche te conviertes en un verdadero monstruo que llega a producir repugnancia.

Después de un largo silencio, dijo Jane:

—Vete de aquí.

Mailer dejó escapar una nerviosa risita.

—Eso es lo que vosotros queréis, ¿no? Desde luego que me iré de este asqueroso lugar. Pero antes os meteré varias balas en el cuerpo a los dos y acabaré con el cuento de la maldición.

De nuevo escuchó Calvin la serena invitación de Jane:

—Dispara de una vez.

Una detonación atronó los oídos de Calvin. Tuvo la impresión de que un cañonazo había destrozado su cerebro convirtiéndolo en millones de diminutos fragmentos.

Sus ojos se posaron angustiados en Jane.

Y boqueó asombrado porque la escena que se desarrollaba ante él resultaba escalofriante, increíble, completamente irracional... Quiso aullar enloquecido, pero de su garganta sólo salió un extraño sonido ininteligible. Quiso saltar sobre Mailer, pero sus músculos seguían agarrotados y se negaban a moverse.

Atenazadas por una fuerza superior, oculta...

El policía Lloyd Mailer había disparado casi a bocajarro sobre la muchacha y sin embargo, ésta continuaba con la tenue sonrisa plasmada en los labios.

Avanzando lentamente.

Sin que en su cuerpo apareciera la menor señal de haber recibido el balazo, contraído en misteriosa mueca su hermoso rostro, como una visión alucinante.

Mailer parpadeaba estupefacto.

De su garganta brotaban unos sonidos guturales...

Súbitamente salió del terror que comenzaba a embargarlo y se puso a vaciar el cargador de su pistola disparando frenético contra la que avanzaba imperturbable.

Jane Crowe siguió su lento caminar.

Cada vez se hallaba más cerca del policía.

De pronto extendió los brazos y sus manos engarfiadas se dirigieron a la garganta de Mailer.

Calvin chilló despavorido.

Aquello era superior a cuanto podía soportar.

Mailer arrojó el revólver inútil al suelo y comenzó a retroceder con una expresión de infinito horror en el semblante. Blanco como un cadáver, balbuciendo palabras incoherentes.

Detrás de él había un pequeño desnivel de unos cuatro metros de altura y Mailer llegó al borde retrocediendo sin cesar. Contemplaba fascinado el

avance de... aquel fantasma.

De repente perdió pie y se precipitó en el vacío.

Mientras caía emitió un alarido infrahumano.

Su cuerpo quedó en el fondo inmóvil. Con los brazos abiertos en cruz y una vidriosa mirada en sus apagados ojos.

Un interminable silencio siguió al alarido de Mailer.

Calvin continuó sin poderse mover del sitio. Era... como si sus pies estuvieran clavados en el suelo. Pro: fundamente impresionado, sobrecogido... Todo cuanto había sucedido ante sus ojos resultaba demasiado horripilante.

Los segundos pasaron largos como siglos.

Hasta que unas palabras musitadas por Jane se abrieron paso a través de su cerebro.

—Todo ha concluido, Calvin —decía ella quedamente—, Ahora podemos irnos del páramo, querido.

Muy lentamente al principio, como si fuera un autómata, comenzó a negar moviendo la cabeza Calvin.

Miraba lleno de estupor a la hermosa joven.

De pronto salió de su abstracción y huyó de ella sin poderlo evitar. Daba la sensación de que veía al fin todo el horror que se encerraba en aquel atractivo cuerpo.

Descendió gritando horrorizado hasta donde se encontraba el cuerpo inerte del policía Lloyd Mailer.

Cuando estuvo a su lado se arrodilló y le pasó la mano por la nuca. En seguida la retiró manchada de sangre y su cuerpo empezó a temblar como una hoja sacudida por un vendaval.

Levantó la mirada y vio a Jane en la parte superior del desnivel.

Lo miraba de una forma extraña... Parecía no comprender la actitud del hombre que le había jurado amor eterno.

Desorbitados los ojos, murmuró Calvin:

—Otra... muerte más.

—Calvin... —llamó, pálidas las bellas facciones Jane—. No soy tan horrible...

Pero el joven se había puesto en pie y gritaba con una mezcla de rabia y terror en el tono de su voz:

—¡Eres un ser repugnante, Jane! ¡Regresa al infierno de donde nunca debiste salir!

A continuación echó a correr por el páramo.

* * *

El doctor Henry Kemble refrenó a su montura y contempló unos instantes al hombre que venía por el sendero.

Avanzaba tambaleándose, a punto de desplomarse, falto de fuerzas para seguir caminando. Y con un rictus de terror, de doloroso terror, plasmado en

el contraído rostro.

Kemble saltó al suelo y se aproximó a él.

—Calvin...

El joven siguió caminando como si no hubiese percibido la presencia de Kemble. Pasó junto a él con la mirada perdida, murmurando palabras incoherentes.

El doctor Kemble le pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué ha ocurrido, Calvin?

Quiso seguir andando el joven, pero lo retuvo con fuerza el doctor al tiempo que decía suavemente:

—Nunca debió venir al páramo, Calvin. Ya le advertí que no era conveniente...

Calvin desvió la mirada y la puso en el rostro de Kemble como si de repente se hubiese dado cuenta de que estaba a su lado. Movió los labios muy despacio.

Su voz fue apenas un susurro:

—Llame a... mi tío, doctor. Por favor, no tarde en llamarlo.

Henry Kemble sacudió la cabeza impresionado.

Comprendió que aquel muchacho había caído de nuevo en la más completa demencia.

CAPITULO XIII

Stanley Howard contempló apenado a su sobrino.

Se hallaban en el salón de la vivienda del doctor Kemble y Calvin permanecía derrumbado en un sillón con la mirada perdida en un punto indeterminado, silencioso y con las facciones crispadas.

Sólo estaban allí Kemble, Stanley Howard y su sobrino Calvin.

Tras un corto silencio aconsejó el doctor:

—Sería conveniente internarlo cuanto antes, Stanley.

El tío de Calvin dio una cabezada afirmativa.

—La ambulancia que lo trasladará llegará en seguida. Les avisé cuando recibí su mensaje. Me aseguraron que vendrían a buscarlo sin pérdida de tiempo.

—En el estado en que se encuentra...

—No se preocupe, Henry.

—Creo... que jamás volverá a ser una persona normal.

—Eso mismo opino yo.

De pronto salió Calvin del estado enajenado en que se encontraba desde el día anterior y llamó en voz baja:

—Tío Stanley.

Howard se acercó a él y puso una de sus manos en el hombro del joven, al tiempo que decía afectuoso:

—Dime, Calvin.

—Quiero que me saques de aquí, tío Stanley.

Howard le apretó el hombro.

—Pronto nos iremos, Calvin. Ahora conviene que te relajes y sólo pienses en tu salud.

—Tío...

—Dime.

Calvin tardó unos segundos en hablar y cuando lo hizo tenía las facciones crispadas.

—Esa chica... Jane Crowe...

—No piense en ella, Calvin —intervino Kemble—. La policía se encargará de buscarla por el páramo y seguro que la encontrarán. La verdad es... que este asunto ha ido demasiado lejos. Los habitantes de Lookville debimos avisar a las autoridades en el preciso instante en que comenzaron a ocurrir hechos extraños.

Después de una pequeña pausa, añadió contrito:

—Quizá usted estaría en perfecto estado, Calvin.

El joven dio la impresión de no prestar atención a las explicaciones acongojadas del doctor.

Levantando el rostro a su tío, pidió:

—No quiero que hagan daño a Jane, tío Stanley.

—Eso no está en nuestras manos, Calvin —respondió Howard—. Esa mujer te ha hecho mucho daño y tiene que pagarlo. La justicia se encargará de averiguar la verdad de esa increíble maldición.

Crispando los dedos en el brazo de su tío, imploró casi llorando Calvin Birchard:

—Ella no es culpable de nada, tío Stanley. Fueron las circunstancias que se le pusieron en contra. Su propia abuela fue una bruja que tuvo un pacto secreto con el diablo. Estoy seguro de eso... Me lo dijo la propia Jane una noche... ¿O quizá son figuraciones mías? ¡Oh! Me duele mucho la cabeza, tío Stanley.

Howard y Kemble cambiaron una mirada.

Finalmente palmeó Stanley Howard el hombro de su sobrino.

—Cálmate, muchacho.

—No puedo hacerlo sabiendo que Jane corre peligro —hizo una pausa el joven y acto seguido agregó súbitamente iluminado el rostro—: Deseo casarme con ella, tío. No me importa que esté maldita, no me importa que su rostro se convierta en una máscara repulsiva durante la noche, no me importa que escuche a los espíritus del mal...

Calvin hablaba con rápida vehemencia.

Sin apartar los ojos del semblante de su tío.

De repente guardó silencio e inclinó la cabeza bruscamente. De su garganta se escapó un ronco sollozo y escondió el rostro entre las manos poniéndose a temblar convulsivamente.

Stanley Howard volvió a palmearle el hombro torpemente.

—Tienes que serenarte, Calvin. Pronto vendrán a buscarte y te llevaremos a un lugar donde podrás descansar y recuperarte. No lo hagas más difícil, muchacho.

Calvin levantó la cabeza otra vez y clavó una alocada mirada en los ojos de su tío.

—¿Me llevarán al manicomio?

—Es una clínica mental, Calvin —respondió persuasivo Stanley Howard —. Allí hay doctores que escucharán tus explicaciones y tratarán de ayudarte. No tienes que preocuparte por nada, muchacho. Sólo debes explicar a esas personas tan comprensivas lo que te ha sucedido aquí. Ellos se ocuparán de...

—¿Certificar oficialmente mi demencia, tío Stanley?

Calvin se había incorporado del sillón y miraba a los dos hombres sonriendo burlonamente.

Howard y Kemble boquearon de asombro.

Después de unos instantes pudo articular el primero:

—¿Qué... estás diciendo, Calvin?

—Que la jugada ha fallado, tío —replicó risueño el joven—. Aunque debo de reconocer que estuvo a punto de dar resultados positivos para ti.

CAPITULO XIV

—Es inútil seguir negando el plan montado para adueñarte de la fortuna de los Birchard, tío Stanley —dijo calmoso Calvin—. Puedo demostrar hasta el último detalle de la terrorífica trama con la que habéis pretendido volverme loco.

Stanley Howard se negaba a dar crédito a lo que escuchaba.

—No te entiendo...

—Me entiendes perfectamente, tío —rebatió con dureza Calvin—. Cuando murió mi padre y tuve la desgracia de caer enfermo, fuiste nombrado administrador de todos mis bienes como pariente más cercano. La suerte te deparó esa ocasión por ser hermano de mi difunta madre. Y dicen que es incalculable la fortuna que heredé de mi padre. Tanto dinero, que despertó en ti toda la codicia que puede llegar a sentir una persona.

—Escucha, Calvin...

—No me interrumpas todavía —lo atajó el joven haciendo un ademán antes de continuar—: Por eso te llevaste una enorme decepción cuando los médicos te garantizaron que yo estaba completamente curado. Eso significaba la pérdida de todos los privilegios que tenías. Ni siquiera te detuviste a pensar que a mi lado hubieras disfrutado de una envidiable situación. Me conoces y te consta que no soy egoísta. Pero tú lo querías todo, ¿verdad, tío Stanley?

—Cometes un error, Calvin.

El joven movió la cabeza en lenta negativa.

—No, tío. Conozco todos los pormenores del asunto y voy a explicártelos —hizo un breve intervalo y siguió—: Prometiste un millón de dólares a tu amigo el doctor Henry Kemble por llevar a cabo la canallesca comedia en colaboración con otras cuatro personas. Kemble por su parte contrató a sus colaboradores pagándoles cincuenta mil al empezar y otra cantidad igual cuando todo hubiese concluido. Lloyd Mailer, Chester Clayton. Jane Crowe y una vieja llamada Wilma Stowe, se propusieron volverme loco y la verdad es que estuvieron a punto de lograrlo.

Henry Kemble, que había permanecido largo rato silencioso, pidió tranquilo:

—Siga, Calvin.

—Dígame antes una cosa, doctor.

—¿El qué?

—¿De verdad estaba dispuesto a pagar esos cuatrocientos mil dólares a sus cómplices? No, no se moleste en responderme. Yo creo que al finalizar la cuestión los hubiera ido eliminando. Para no tener que pagar y al mismo tiempo sellar sus labios.

Kemble lo miró ceñudo sin responder.

Calvin siguió diciendo:

—Desde luego que la maquinación estaba perfectamente organizada.

Porque la leyenda de la aldea maldita en el páramo de los Muertos es una generalizada creencia entre la gente de Lookville. Lo confirma el hecho de que la señora Griffitt, ajena por completo al complot, esté convencida de la existencia de esos espíritus malignos. Claro que sólo se trata de una vieja leyenda apta para personas poco formadas. Aunque Kemble y su equipo haya sacado buen partido de ella.

—¿Cómo ha podido averiguar todo eso, Calvin?

—Se lo diré más tarde, Kemble. Ahora deje que termine.

El doctor guardó silencio y pasándose la diestra por el mentón, continuó Calvin:

—Desde el principio la siniestra comedia fue llevada a cabo con todo lujo de detalles. Tanto la hermosa Jane Crowe, como la vieja Wilma, actuaron magistralmente y demostraron ser consumadas actrices. Me hicieron creer en la maldición, en los susurros misteriosos del páramo, en la horrible fealdad nocturna conseguida a base de maquillaje... Ellas hicieron a la perfección su trabajo. También actuó a buen nivel Lloyd Mailer en su papel de policía. Tuvo mala suerte cuando al tirarse por el desnivel en el cometido de su labor, se golpeó la base del cráneo contra una roca muriendo instantáneamente. En cuanto a Chester Clayton... no tuvo excesivo trabajo. Sólo relatar una mentira y fingir que era un cadáver destrozado llenándose el torso con la sangre de un animal muerto. Eso y sujetar a la vieja Wilma desde el tejado cuando ésta se asomó a la ventana de mi habitación.

Calvin había terminado sus explicaciones y miró sonriente a los dos individuos, comentando:

—Supongo que no me he equivocado en nada, ¿eh?

Stanley Howard y Henry Kemble permanecieron taciturnos durante bastantes segundos. Finalmente inquirió el médico:

—¿Todo es una hipótesis, Calvin?

El joven acentuó la sonrisa replicando irónico:

—¿Una hipótesis cuando he dado toda clase de detalles, Kemble? Su inteligencia parece estar fallando.

El doctor lo miró fijamente.

—¿Dónde estuvo el error, Calvin?

—No contaron con el amor, Kemble.

Tanto el médico, como el tío de Calvin, arrugaron el ceño.

—¿El... amor?

—Exactamente —asintió el joven—. No contaron con que Jane Crowe llegaría a enamorarse de mí. Ella prefirió contármelo todo para evitar mi demencia. Yo también he demostrado ser un buen actor en las últimas horas, ¿eh, Kemble?

El médico apretó rabioso los maxilares.

—¡Esa perra...!

—Cuidado con lo que dice, doctor. No lamentaría demasiado romperle la boca.

Tras un corto silencio, dijo brillantes las pupilas al médico:

—Si es cierto que Jane Crowe ha confesado también pagará su culpa. Ella ha participado en el asunto y tiene las manos tan sucias como todos nosotros.

—Pero se las ha lavado al confesar, Kemble.

—Lo dudo —movió la cabeza el doctor—. Si es cierto que usted también la quiere no podrá hacer uso de su confesión sin perjudicarla.

Calvin no perdió la sonrisa.

—¿Eso es lo que cree?

—Desde luego. Cualquier abogado...

Levantando la voz llamó Calvin:

—Ya pueden entrar, teniente.

Una puerta se abrió y en el salón penetraron dos hombres acompañando a Jane Crowe.

La chica tenía muy pálido el semblante.

Calvin le dedicó una afectuosa sonrisa y a continuación señaló a los recién llegados.

—Les presento al teniente Kurt Sennett de la policía de Boston. Y el señor que lo acompaña es el famoso criminalista Leonard Troreau. ¿Le importaría repetir lo que me estuvo diciendo, señor Troreau?

El abogado carraspeó aclarándose la voz.

Luego fue diciendo lentamente:

—Por un lado se debe considerar que no se ha tratado de un complot de índole criminal, puesto que no se pretendía asesinar a nadie. La muerte del señor Mailer fue fortuita y por lo tanto no agrava el caso. La señorita Crowe dispone de muchos atenuantes al evitar que se consumara el acto de estafar al señor Calvin Birchard. Por otro lado también evitó la posible demencia de dicho señor cuando le confesó toda la verdad al ver que su salud peligraba.

Hizo una pequeña pausa y terminó:

—Cualquier juez la absolverá sin que me tenga que esforzar demasiado.

FINAL

Jane Crowe abandonó la sala tan pronto hubo concluido el juicio y caminó rápidamente por uno de los corredores que llevaban al exterior del edificio.

De pronto se sintió sujeta del brazo y tuvo que girarse.

Frente a ella se encontraba Calvin Birchard.

—¿Adónde crees que vas, Jane?

La chica inclinó la mirada.

—Por favor, Calvin...

—Tengo planes, ¿sabes? —dijo el joven alegremente—. En primer lugar iremos a celebrar tu libertad.

Ella continuó con la cabeza inclinada.

—Eso te lo debo a ti, Calvin. Tus calurosas palabras en mi defensa resultaron decisivas.

Calvin le sujetó la barbilla entre los dedos obligándola a levantar la cabeza.

—La libertad te la debes a ti misma, Jane. Tu confesión llegó a tiempo de salvar mi mente. Y tu amor hacia mí fue el bálsamo que curó las' heridas de mi cerebro. Pero en todo caso... si debes a alguien la libertad es a la tremenda habilidad de Troreau.

Jane asintió musitando:

—Le he dado las gracias, Calvin.

—Entonces sólo nos resta ir a un restaurante y celebrarlo por todo lo alto. Luego nos llegaremos a cualquier cabaret a mover los huesos y terminaremos la noche buscando a un juez de paz medio loco que quiera casarnos en seguida.

Jane esbozó una apagada sonrisa.

—Eso no es posible, Calvin.

—¿Por qué, nena?

—Después de todo el daño que te he causado...

Calvin la abarcó por la cintura y tirando de ella se inclinó besándola en los labios.

—Deja que sea yo quien decida eso, querida.

Jane titubeó levemente.

—Calvin...

—Dime.

—¿No comprendes que me llenaría de vergüenza cada vez que te mirara a los ojos?

—Pues vas a tener que acostumbrarte porque no pienso desistir. Si estaba dispuesto a casarme contigo cuando te creía un alma en pena, puedes imaginarte ahora.

—Pero...

—No hay peros que valgan, nena —la atajó Calvin besándola de nuevo—. Todo lo que digas será inútil. Te he dicho que...

Bruscamente guardó silencio Calvin. Luego arrugó el ceño y preguntó simulando cierta alarma:

—Oye, Jane, ¿cambiará tu rostro por las noches o seguirá siendo tan hermoso como ahora?

Ella rió abiertamente.

—Tonto.

Calvin la estrujó con fuerza entre sus brazos y besó con avidez la boca femenina. Por la forma en que correspondió ella, supo el joven que no sentiría la menor vergüenza cuando ambos se miraran al fondo de los ojos en la intimidad.

De pronto notó Calvin que le tocaban suavemente el hombro.

Separando la boca de los labios de Jane giró la cabeza y descubrió a un sujeto uniformado junto a ellos.

—¿Qué pasa, oficial?

—¿No se han dado cuenta del sitio donde se encuentran?

Calvin rió alegremente.

—A los locos se nos permite ciertas libertades, ¿verdad, oficial? Pues yo estuve como una cabra.

El tipo se rascó la pelambrera sin saber qué responder.

Cuando quiso hacerlo ya era tarde.

Los dos jóvenes se alejaban por el pasillo riendo con la alegría que sólo sabe hacerlo la juventud.

Nadie hubiera dicho que detrás habían dejado un mundo de horror.

FIN